



Cualquier cosa, menos quietos

# universo centro

Número 130 - Agosto de 2022 - Distribución gratuita

[www.universo centro.com.co](http://www.universo centro.com.co)

# PRIMERAS DE CAMBIO

Según lo que indican los incitadores, Gustavo Petro se ha convertido durante sus primeros días de gobierno en un rey Midas con los poderes trocados: sus declaraciones tienen la fuerza para mover a la baja las pantallas de Wall Street, puede revolver la bolsa y sus valores negociando un viceministerio, subir los principios del corrientazo frunciendo el ceño y alentar la especulación en Corabastos pelando un banano. El aleteo de un presidente en el atril puede crear un torbellino en las casas de cambio y en las tiendas de barrio.

Universo Centro ha trabajado de la mano con el Dane para entregar listas certeras y análisis de mercados de productos sensibles para el colombiano de a pie, de a buseta y de a camioneta.

El petróleo comenzó al alza en la era Petro por los anuncios de que Colombia será un país ejemplo en la transición energética. El presidente quiere vender humo mas no petróleo. Luego de las entrevistas del presidente sobre los compromisos para combatir el calentamiento global las temperaturas han caído dos grados centígrados en promedio en Honda, Neiva, Valledupar, Barranbermeja, El Espinal y Mompos.

La ministra de Minas ha dicho que explorará la opción del aguacate para reemplazar los hidrocarburos. Habló de las posibilidades de acuñar el oro verde y convertir el aguacate maduro en moneda dura. A los venezolanos se les aplicará control de precios para la venta del Hass y el criollo en los semáforos.

El gas de pipeta está por las nubes y la gente teme por la factura del gas domiciliario por las declaraciones de Irene Vélez, la filósofa de minas. La ministra ha dicho que el gas de Colombia contamina demasiado y por eso quemaremos gas venezolano. Todo mientras se construye el oleoducto Siberia-Buenaventura.

En Venezuela hay protestas ciudadanas por la subida del precio del ron. El anuncio de la llegada de Armando Benedetti como embajador ha logrado que el precio de la botella del ron Diplomático

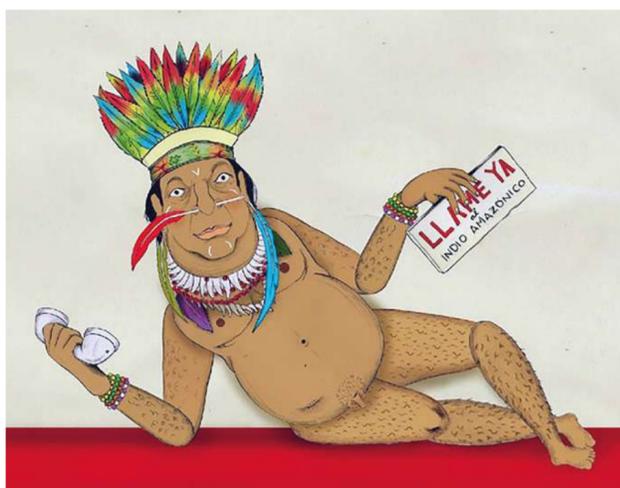


Ilustración de Titania.

creciera 50 % y el Ambassador, un 35 %. Benedetti ha intentado tranquilizar los mercados al anunciar que viajará con el cupo completo y llevará ajustes en la valija diplomática.

Las gaseosas suben como espuma luego de las advertencias sobre un impuesto saludable. La gente ha salido a abastecerse antes de que vengan las alzas. La Big Cola sacó su nuevo producto de galón que viene con embudo y manguera. La naranjada y la uva con estevia están agotadas en Bogotá y Coca Cola ha amenazado con una retaliación psicológica por la veda de trineos y Papá Noel para diciembre. Y ya se habla de algunas disputas y brotes de violencia por el mercado negro de la Kola Román en Barranquilla y Soledad. Ante la advertencia de los jugos de guayaba y tomate de árbol gratis en los colegios las protestas no se han hecho esperar y los adolescentes han volcado algunos camiones con la fruta. Postobón anunció la pronta circulación del Hit Coin.

El salchichón se expenderá con restricciones. Solo dos rayas por ciudadano que demuestre un índice de masa corporal lejos de la obesidad y con niveles bajos de sodio. Se venderá con fórmula médica. La intermediación se ve en las puertas de las tiendas. La venta de la salchicha de lata y la jamoneta está completamente dolarizada.

Los precios de la marihuana vienen a la baja. Petro ha dicho que se va a poder vender de manera legal y sin licencia y la producción ha crecido de forma desmesurada. En el Cauca, una libra de la Corinto la están cambiando por tres hilachas de fique y las tiendas ofrecen seis baretos gratis con la condición de que la cometrapo sea satisfecha en sus estanterías. En sitios de menudeo en capitales, como el Barrio Antioquia en Medellín, el Chorro de Quevedo en Bogotá y el barrio Getsemani en Cartagena, la policía ha comenzado a quejarse por la caída en sus ingresos. El proveedor de "regular", conocida ahora como la Gustavo Bolívar, se está vendiendo

un 40 % por debajo del precio de pandemia. Y quienes conocen el mercado dicen que ya nadie se fuma una "pata".

El porcentaje de cobro de comisión por parte de los congresistas ha crecido de forma desmesurada. La posible reducción de los salarios provocó ansiedad en los mercados del CVY. La coima por la placa polideportiva está en un escandaloso 20 %, la vía terciaria llegó al 15 %, el colegio municipal va por el 12 % y al alza. El combo de biblioteca, renovación de parque principal y distribución de aguardiente se está entregando al 15 %, cuando antes de pandemia se cobraba solo el 8 %. Roy Barreras ha propuesto una especie de superintendencia paralela que regule precios y castigue abusos.

Pero los más beneficiados han sido los pulgueros, ferias artesanales y San Alejos. La demanda de productos y servicios ancestrales se ha disparado. El palosanto, por décadas vilipendiado, ha subido un 40 % y se promociona bajo el lema a oler sabroso. Las purgas con plantas están por encima de los productos farmacéuticos y el jabón de tierra tiene pensando en nuevas estrategias a Johnson & Johnson. La botella de viche está un 10 % por encima del whisky Black & White y un litro de chicha vale 20 % más que un *sixpack* de Andina. La caída de los servicios ciudadanos ha hecho que algunos *spas* hayan comenzado a ofrecer el baño de ruda. La franquicia del Indio Amazónico ha llegado a centros comerciales como El Tesoro en Medellín y el Andino en Bogotá.

Son algunos de los primeros movimientos y tendencias de precios en medio de un gobierno al que le gusta más el Word que el Excel. Algunos congresistas del Pacto Histórico han anunciado que le darán impulso sin precedentes al canje, idea que Roy Barreras ha apoyado de manera categórica, y se está construyendo una tabla de equivalencias burocráticas. Por su parte, el Centro Democrático ha creado el Índice de Precios al Contradictor. Está por verse si la inflación de verdad cede y el gobierno puede hablar de la "reducción de penas" para los consumidores. ©

En estos días, la mayoría de los galardones de la presidencia se han tornado despreciables. El presidente continúa siendo, claro está, un hombre eminente, pero solo en el sentido en que Jack Dempsey, Lindbergh, Babe Ruth y Henry Ford han sido hombres eminentes. Tiene pocos contactos con las personas realmente inteligentes y entretenidas del país: en verdad, la mayoría de ellas lo eluden por una cuestión de honor. Ocupa primordialmente su tiempo con políticos mezquinos y otros individuos insidiosos, en síntesis, con pelafustanes e ignorantes. Cuando se toma unas pequeñas vacaciones, sus compañeros habituales son alimañas con las que ningún hombre delicado se codearía. El doctor Harding, obligado a recibir a tales gentes, recurría al whisky de contrabando a modo de analgésico; el doctor Coolidge las cargaba a bordo del Mayflower y luego corría a su camarote, se quitaba el chaleco y la camisa, y se echaba a dormir; el doctor Hoover las llevaba a la represa Rapidan a noventa kilómetros por hora y las traía de regreso a 120 o 130.

Pocas veces los honores tributados al presidente son del género que impresionaría y conformaría a un hombre civilizado. La gente le envía pavos, zarigüeyas, fragmentos de madera de una fragata histórica, peces de colores, carozos de duraznos tallados, réplicas de los capitolios estatales de Wyoming y Arkansas, y flores prensadas de la Tierra Santa. Una vez al año un cazador de Montana o Idaho le envía diez kilos de carne de oso, generalmente a entregar contra reembolso. Llegan podridos y hay que echarlos al perro de la Casa Blanca. Recibe diariamente entre veinte y treinta cartas de una cadena de la felicidad y magníficas copias de cuarenta o cincuenta poemas. Los clérigos de color le remiten biblias ilustradas, amuletos y estuches de polvos mágicos, acompañados generalmente con una solicitud para que los nombres recaudadores de impuestos en Nueva Orleans, Mobile o Wilmington (Carolina del Norte), o escribanos del Tesoro. Sus galardones públicos asumen la forma de doctorados en leyes que le conceden facultades ávidas de publicidad..., facultades que ese mismo día otorgan idéntico título a un campeón de tenis, un banquero sin herederos y un general del ejército. A nadie se le ocurre conferirle otra distinción. Nunca lo designan doctor en letras, doctor en teología, doctor en cirugía dental, doctor en derecho civil y canónico, sino siempre doctor en leyes. Hasta hoy el doctor Hoover tiene treinta o cuarenta de estos títulos. Según parece sabe tan poco de derecho como un alguacil de la corte, pero es más sólidamente *legum doctor* que un Justiniano o un Alfonso el Sabio.

Sobre la salud del presidente velan no solo el vicepresidente sino también los médicos que para ello designa el ejército o la marina. Estos médicos tienen títulos rimbombantes y ejecutan las tareas propias de su oficio con el uniforme de rigor, cargando la espada a un lado y el estetoscopio al otro. Vigilan estrictamente la dieta de su paciente imperial. Si come unos maníes arman un alboroto; si en la cena se echa al buche unos cangrejos hervidos, rociados con los que Washington pasa por ser licor de malta, se quejan a los diarios. Todas las mañanas le miran la lengua, le toman el pulso y la temperatura, miden su presión arterial, y le examinan el fondo del ojo y el reflejo patelar. Apenas da la menor señal de estar indispuerto lo mandan a la cama, le ponen una guardia de infantes de marina, le endilgan un régimen digno de un monje trapista y publican boletines en la prensa.

H. L. Mencken (Baltimore 1880-1956) ejerció como látigo contra la cultura gringa en las primeras décadas del siglo XX. Un escéptico frente a todos los poderes y las supersticiones, un demonio de la sátira y un trabajador incansable en la "denigración" de los Estados Unidos. Esta frase suya ayuda a definirlo: "Una carcajada vale por diez mil silogismos". Les dejamos una página sobre el triste poder de un presidente.

## LA PÚRPURA IMPERIAL

por H. L. MENCKEN • Ilustración de María Alejandra Pérez



Cuando el presidente viaja nunca lo hace solo, sino que siempre lleva consigo un enjambre de secretarios, agentes del Servicio Secreto, médicos, enfermeras y periodistas. Incluso un tipo tan tacaño como el doctor Coolidge debió contratar dos vagones *pullman* íntegros para transportar a su séquito. El precio, claro está, lo pagan los contribuyentes, pero el presidente debe soportar la compañía. Mientras rueda el tren, miles de chiquillos corren a poner monedas en la vía. De vez en cuando uno de ellos pierde un dedo de la mano o del pie y hay que dar marcha atrás para que el presidente consuele a la madre que, en la mayoría de los casos, no sabe hablar inglés. Cuando el tren llega a cualquier parte, todos los latosos y rufianes de la ciudad se congregan para saludar al primer magistrado, quien esa noche debe comer una cena asquerosa y escuchar tres horas de pésimos discursos.

El presidente disfruta de menos intimidad que cualquier otro norteamericano. Miles de personas tienen derecho a llegar hasta él, empezando por el embajador británico y terminando por el secretario del comité republicano del condado de Ziebach, Dakota del Sur. Entre ellas se encuentran los 96 miembros del Senado de los Estados Unidos,

que son quizá los individuos más presumidos y tediosos de la cristiandad. Si a un senador se le negara el acceso a la Casa Blanca, todo el cuerpo se sublevaría indignado. Y si echaran a puntapiés al ministro de Albania, incluso los embajadores de Francia y Gran Bretaña se sumarían a las protestas. Muchos de estos caballeros caen de visita no porque tengan algo que decir sino solo para probar a sus empleadores o clientes que pueden hacerlo. La duración de la entrevista solo depende en parte del presidente. El doctor Coolidge acostumbra a liberarse de los importunos durmiéndose delante de sus narices, pero los presidentes dotados de un interés más vivo por el mundo visible no pueden emplear este recurso. De nada valdría hacerlos echar por los agentes del Servicio Secreto o por la policía de la Casa Blanca, ni injuriarlos u ofenderlos de otro modo, porque muchos de ellos tienen lenguas viperinas. Dos veces, en el curso de la historia se dijo en Washington que unos presidentes poco tolerantes con tales cargos eran afectos al trago, y hubo que desplegar ingentes esfuerzos para acallar el escándalo.

Durante toda la jornada nuestro excelentísimo patrón escucha solemnemente a majaderos y farsantes.

De pronto entra corriendo un secretario con la noticia de que ha muerto un famoso actor de cine o un entrenador de fútbol y el presidente debe tomar la pluma y escribir un telegrama de pésame a la viuda. Una vez al año recibe, a modo de compensación, un cable que el rey Jorge le envía para sus cumpleaños. Los presidentes aman esos documentos y los donan, *post mortem*, a la Biblioteca del Congreso. Luego llega la fecha de una conmemoración pública, junto con la oportunidad de soltar un discurso. Ay, debe pronunciarlo en el banquete anual de una organización que, según se descubre a último momento, está compuesta por caballeros procesados, o frente a la tumba de un estadista que se salvó por un pelo del juicio político. Veinte millones de electores cuyo cociente intelectual no llega a sesenta tienen la oreja pegada al radio y se necesitan cuatro jornadas de dura labor para confeccionar un discurso en el que no hay una sola palabra sensata. Al día siguiente se inaugura una represa en algún lugar. Cuatro senadores se emborrachan y tratan de manosear a una dirigente política con físico de remolcador sobrecargado. El automóvil presidencial atropella a un perro. Lluève. ©

### DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

### EDICIÓN

— Pascual Gaviria

### ASISTENCIA EDITORIAL

— Santiago Rodas

### COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufasio Guzmán

— Andrés Delgado

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Juan Fernando Ramírez

— Simón Murillo

— Estefanía Carvajal

### ASISTENCIA EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

### DESGÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Manuela García

### CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

Es una publicación mensual

de la Corporación Universo Centro

### Distribución gratuita

Número 130 - Agosto 2022

Versión impresa



universo  
centro

universocentro.com.co  
universocentro@universocentro.com



Panorámica de San Antonio de Prado desde la piedra Galana. Foto de Ignacio Piedrahíta.



Panorámica de Altavista.



Laguna de Guarne en Santa Elena.

# VUELTA POR EL UNIVERSO

por IGNACIO PIEDRAHÍTA • Fotografías de Juan Fernando Ospina

**M**edellín está dentro de un valle amplio, con la forma de una batea. Desde cualquier punto alto se ve la ciudad de color ladrillo en el fondo de este cuenco natural. Cuando es de noche se ve chispear en dorados sobre negro. La vista es tan cautivadora que las laderas se llenaron de miradores. A menudo la idea de observarse a sí mismo resulta mejor que cualquier programa.

La geografía de Medellín dirige de esta manera parte de nuestras búsquedas y placeres. Los alrededores de la ciudad se han hecho atractivos para coger un poco de aire. Sentirse por fuera del fondo del valle nos da la idea de salirnos temporalmente de nosotros. Esto es posible gracias a las montañas que nos rodean: alejarse de la parte urbana de la ciudad es alzarse sobre la propia cotidianidad.

Un poeta describió la línea de montañas que rodea a Medellín como el “borde de una copa quebrada”, refiriéndose a los contornos abruptos de las cimas que nos confinan. Los alrededores de la ciudad son el límite inicial de su belleza, el esbozo lineal de nuestra naturaleza. No sería lo mismo si esta línea estuviera cubierta de casas y edificios. Debe ser verde de día y negra en la noche.

Este paisaje de nuestras proximidades tiene nombres propios. Al oriente, Santa Elena. Al occidente, San Antonio de Prado, Altavista y San Cristóbal. Y, cruzando hacia Santa Fe de Antioquia, San Sebastián de Palmitas. A estos lugares se les conoce como corregimientos, y son los que custodian nuestros confines en redondo.

Cada corregimiento tiene su parque principal o centralidad, lo que normalmente conocemos de ellos. Pero lo que es más potente en estas fracciones administrativas es su vasto territorio. A ellos pertenecen los bosques y el verdor que le queda a la ciudad. Es desde sus laderas salvajes que la observamos, y es a donde escapamos para soltarnos del ahogo urbanístico. La centralidad de algunos corregimientos está separada de la parte urbana de Medellín, caso de Santa Elena y Palmitas. Otros son prolongación de barrios o de municipios vecinos: las calles de Itagüí pasan a ser territorio de San Antonio de Prado, la comuna de Belén se trueca en Altavista y la parte alta de San Javier muta en la vereda La Loma de San Cristóbal.

Más allá de la centralidad de los corregimientos, cuyo fondo suele ser un territorio rural, de campos, fincas y bosques, comienza la espesura de su follaje, su verdadera mística, su poesía de quebradas y arboledas, promontorios y ramales de montañas, divisorias de aguas y altiplanicies, serranías y collados.

## Los caminos

Los corregimientos fueron en algún momento pueblos cercanos a Medellín, por donde entraban y salían mercancías desde y hacia la ciudad en crecimiento. Eran estaciones de arrieros o lugares de descanso para el viajero. Por eso estos lugares están marcados por los caminos antiguos, que cosían por medio de canales o vallados de piedra las montañas circundantes.

En Santa Elena está el famoso camino de La Cuesta, que pasa por el costado del cerro Pan de azúcar y llega al parque

Arví. Por ahí salía todo el mundo a pie o a caballo antes de que hubiera carros en Medellín. Este era nuestro camino de llegada internacional desde el río Magdalena. Casi una semana se echaban los viajeros en mula para llegar desde el río hasta el borde de la ciudad. Pero una vez miraban el valle desde allí, se les quitaban los cansancios.

Por el otro lado está el camino de Guaca, que iba desde Medellín hasta la población del mismo nombre, hoy Heliconia. Este camino pasaba por Belén, subía por Altavista y cruzaba por San Antonio de Prado. Pasaba el alto de Romeral en el filo de la cordillera y caía a Guaca del otro lado. Este camino era importante no solo porque comunicaba con las poblaciones del occidente, sino también porque de Guaca se traía la sal que se consumía en la ciudad.

Esta sal nos lleva al tercer camino que cruzaba por lo que hoy son nuestros corregimientos, el del noroccidente. Este salía de Medellín a pasar por Robledo y San Cristóbal rumbo al Boquerón. Allí se cruzaba la cordillera y ya estaba el viajero en Palmitas, donde descansaba y seguía para Santa Fe de Antioquia. Por allí transitaba la carne en tasajo, es decir la carne salada que se cultivaba en el valle de Aburrá e iba a alimentar a los pueblos mineros a orillas del río Cauca.

Los tres caminos aún se pueden visitar y recorrer al menos en parte. El de Santa Elena sigue mostrando su magnífico trazado, el mismo que asustara por lo elegante a los conquistadores hace quinientos años. Está restaurado y muestra a su vera ruinas de su antiguo ajeteo. El de Guaca

arranca en la vereda Buga Patio Bonito, en Altavista, y se interna en ascenso a cruzar por el cerro el Barcino en San Antonio de Prado. El del Boquerón —esa despampanante boca natural que invita a cruzar la cordillera— se coge allí mismo, y entre vallados o muros de piedra va llevando al caminante a un viaje en el tiempo.

## El agua

Si algo no tenían que llevar los viajeros de aquellos tiempos salvajes era agua. En todos los corregimientos abundan las quebradas cristalinas, recién nacidas de sus bosques. Cada uno de estos territorios tiene su quebrada principal, hito central en las vidas de sus habitantes. La mayoría tiene en estas aguas sus mejores recuerdos de infancia y sus lugares de esparcimiento en la actualidad.

Las quebradas son en los corregimientos un lugar equivalente al centro comercial en la ciudad, pero gratis y más variadas. Están los charcos de música aguardientera y están los remansos para los más contemplativos. En Santa Elena está el famoso Chorro Clarín, que pasó de ser de sancocho de grabadora y leña recogida, a elegantes casetas para asar o irse de picnic. En cualquier caso, los dientes castañean igual en esas aguas vívidas y frías del altiplano.

San Antonio de Prado y San Cristóbal están dominados por una sola quebrada mayor cada uno, pero ambas de temer por su fuerza y caudal. En Prado está la fragosa Doña María, que lo recorre de norte a sur por su brusco cañón. Allí hay desde estaderos de parlante afuera hasta trucherías menores de mesas rústicas y acentos bucólicos. A esa

\* Este fragmento escrito para *Universo Centro* hace parte del proyecto para la recuperación de la memoria histórica y la identidad campesina de los corregimientos de Medellín, en convenio con la FAO.

quebrada mayor le caen muchas otras, que en días de invierno y crecidas la tienen de marrón.

San Cristóbal por su parte está dominado por la Iguaná. La forma del territorio de San Cristóbal asemeja un teatro griego, cuyas graderías recorren esta Antígona transfigurada en arroyo hasta pasar por la escena de su centralidad. Cuando esta quebrada siente que debe actuar bajo las leyes naturales y no las que le impone la sociedad, se sabe pronunciar. Hoy tanto la Doña María y la Iguaná están domesticadas en su parte baja, con canaletas de cemento a lado y lado.

Igual destino corren todas las quebradas que nacen en los corregimientos. Nacen en los bosques de las cimas de las montañas y bajan salvajes y vivaces por las gargantas estrechas rumbo a la ciudad. Esa alegría sin embargo no les dura mayor cosa. Al tocar la ciudad les ponemos camisa de fuerza y las anulamos, les vaciamos cemento a sus orillas cuando no es que las ocultamos entre tuberías. La primera de ellas fue la Santa Elena, de la que ya ni nos acordamos de que existe, y de ahí siguió el resto. Sometidas y avergonzadas entran estas quebradas en el río tumba que es el Medellín, salvo las de Palmitas, que van a dar al río Cauca.

## Montañas salvajes

El valle de Aburrá se formó por un desgarrón en la cordillera. Las montañas se abrieron en la brecha gigantesca que hoy ocupamos, varios millones de años después. Luego comenzó a correr el río por la mitad y se formaron dos ambientes: el de las laderas en los costados del valle y el del río que serpenteaba suavemente en su parte de abajo. Era un valle hermoso, con un clima inigualable, con caza y pesca suficiente para sus primeros pobladores.

Pero ese valle no fue fácil de habitar para la ciudad. En los dominios del río abundaban humedales y pantaneros en los que era un problema construir. Además, sus meandros naturales se iban moviendo con el tiempo como una culebra que reptaba libremente y no armonizaban con la rigidez propia de lo urbano. Como si eso fuera poco, las quebradas se crecían y se desbordaban, y en las partes altas la montaña se desgarraba por su propio peso.

De ahí que hubiéramos decidido encauzar el río. Así quedaba resuelto —a costa de la vida del mismo río— el problema de los humedales. La ciudad creció entonces más tranquila en el fondo del valle y fue cubriendo todo aquello que era plano, encauzando quebradas y dominando la naturaleza. Las laderas más bajas y suaves se mostraron generosas y pronto se llenaron de casas también.

Pero esa tierra buena se fue acabando y la ciudad se encontró con sus laderas más pendientes. A las cuevas más salvajes no se les somete tan fácilmente, pues en su genética está el desgarrarse, el derrumbarse. Torrentes de lodo, movimientos de la tierra, caídas de piedras gigantes. Esta forma de alzar la voz es propia de las montañas, y se levanta aún más con la urbanización. La tragedia está a la vuelta de cada invierno, especialmente en estos lugares de los contornos.

Muchas de estas catástrofes ocurren en los corregimientos, pues son ellos los que ocupan las laderas de Medellín. Media Luna en Santa Elena es ya un desastre clásico, en los años cincuenta, así como el de Villatina, que a pesar de ser en Medellín es parte del mismo fenómeno. La ciudad asegura más de estos problemas en el futuro conforme avanza sobre estas partes altas de las montañas, rebeldes de suyo.

## Bosques y campos

El valle de Aburrá estaba originalmente cubierto de bosques. Salvo quizá ciertas orillas arenosas del río y algunos pedreros traídos por las quebradas, el resto eran arboledas. Para construir la ciudad hubo que ir talando los árboles, lógicamente. Pero también para sacar madera de construcción y carbón para cocinar. Mucha de esa madera vino de lo que hoy son los corregimientos.

Poblaciones que antes fueron mineras por excelencia, como Santa Elena, al acabarse el oro siguieron con los bosques. Se cortaba el bosque nativo y se vendía la madera, y las generaciones siguientes usaban el terreno ya sin árboles para la agricultura. En algunas partes se establecieron fincas de ganado o cultivos de alimentos. Incluso en otras se sembraron pinos o cipreses, que crecían más rápido y podían aprovecharse.

De los bosques nativos quedan algunas reservas en las partes altas de los corregimientos. En Santa Elena está Arví, en San Antonio de Prado El Astillero, en Altavista la Ana Díaz, en San Cristóbal El Moral y en Palmitas toda la parte baja de Las Baldías, entre otras. Desde hace décadas la ciudad ha ido comprando y protegiendo estas zonas altas de las cimas que la rodean. Caminar por allí es un viaje por ese momento anterior a la urbanización de la ciudad. Aves y árboles de incontables especies se expresan en torno al concepto de diversidad, algo tan difícil para el ser humano.

De estos bosques viejos o en recuperación hacia abajo en la ladera vienen las fincas ganaderas y los terrenos de cultivo. Esta es quizá la franja más amplia de verdor de los corregimientos, antes de llegar a sus centralidades. Esa es la zona que hoy está en disputa por las fuerzas urbanísticas de la ciudad y el mercado de tierras. La ciudad no ve la hora de devorarse ese manjar aún sin construir.

El acaparamiento de estas tierras se realiza tanto a manera de urbanizaciones de edificios como de parcelaciones. En Altavista, por ser el corregimiento que está en mayor simbiosis con la ciudad, es más evidente. Los barrios de la comuna de Belén trepan por las pendientes comiéndose a zarpazos las veredas bajas de Altavista. Esta tendencia seguramente continuará en los otros corregimientos cercanos a la ciudad: San Antonio de Prado y San Cristóbal.

En cuanto a San Elena y Palmitas, así como las partes más altas de los otros corregimientos, las parcelaciones están de moda. Los precios de la tierra suben y los propietarios de fincas ven la oportunidad de vender. Esto crea un paisaje nuevo en el que conviven la vivienda de estrato alto con la casa campesina de antaño. En una prima el césped cortado a ras y los setos de eugenios que no atraen ni siquiera un ave, las otras parecen una despensa de frutas y arbustos florales más acordes con la diversidad propia de la tierra.

La agricultura aún sobrevive. Algunos de sus cultivadores producen sin agroquímicos, unidos en cooperativas y fomentando la asociación. Gracias a la cercanía con la ciudad encuentran compradores que pueden pagar un poco más por sus productos limpios. Esos predios donde todavía se cultiva, y donde además se hace de manera orgánica, alimentan la montaña, la enriquecen: dan verdor al barrio, conservan una práctica esencial, un oficio memorable, el del agricultor. Tal vez, así como se hace con los bosques, también estas personas deberían ser reserva protegida, porque allí está la memoria y quizás algo del futuro.

## Picos y cerros

Además de las quebradas, los hitos más significativos de los corregimientos son sus peñascos y macizos. Estos testigos naturales e imperecederos han sido la señal de ubicación espacial de la humanidad desde siempre, y aún están presentes en nuestros alrededores. Y, más, en una geografía como la nuestra, donde a las montañas y sus diferentes formas les gusta hacer alarde.

El cerro Pan de azúcar en Santa Elena es un hombro que sobresale de la montaña justo por encima de los últimos barrios de Medellín hacia el oriente. Está hecho de una roca llamada dunita, propensa a las oquedades y pequeñas cuevas hechas por el agua. Justo detrás de la imagen religiosa que hay en la cima del cerro hay una de estas cavernas menores. Considero a esta abertura natural mi oráculo personal, y es ella quien recita mis rezos cada vez que la visito.

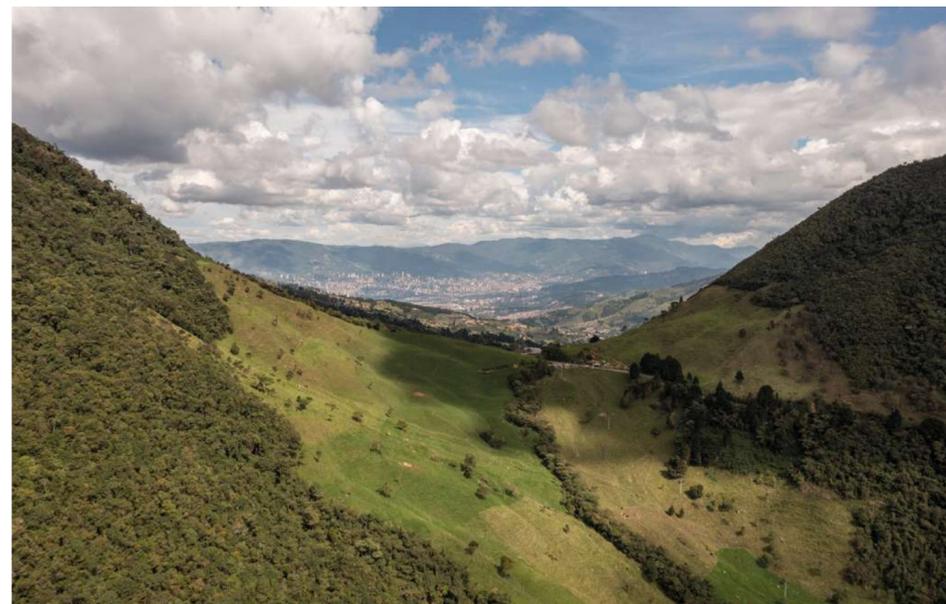
En San Antonio de Prado está la piedra Galana, en lo alto de la reserva El Astillero. Se trata de una saliente rocosa que despunta sobre un claro del relieve, del tamaño de la sala de una casa, con muebles duros y puntudos pero que aseguran un mejor trato que cualquier

visita. La roca está partida a lo largo de fracturas paralelas que le dan la forma de un mazo de cartas separado a tramos gruesos. Desde allí la vista de Medellín es bastante particular. En el campo visual se expresan en primer plano una serie de collados montañosos que se alargan hacia un punto de fuga que no es otro que el Centro de Medellín. Desde allí la ciudad aparece como un borrón naranjado entre la bruma contaminada.

En Altavista está el popular cerro de las Tres Cruces. Miles de personas —acaso sin saber que pertenece a Altavista—, lo visitan los fines de semana. Su cima es una meta accesible —sin ser regalada tampoco—, que tiene como premio una preciosa mirada baja sobre el valle de Medellín. Los más epicúreos se sientan a descansar y a contemplar la vista, mientras aquellos de estoica figura pasan a una sesión extra de aparatos. En la parte plana de la cima han sido instalados una serie de bancos y barras para el ejercicio muscular. Allí los relieves de sus practicantes pasan a constituir una discreta parte del paisaje, digna de observación.

En San Cristóbal está el cerro El Picacho, que sobresale de la montaña como el elefante del Principito que una culebra se ha comido. Aquí lo tenemos en versión montañosa, pues la culebra no va por plano sino bajando la lisa cuesta. Allí también hay una imagen religiosa, que corona el camino que lo asciende entre grandes bloques de piedra. Estas rocas son diferentes a las del Pan de azúcar, y si bien por fuera lucen oscuras, por dentro son rayadas de una belleza que se expresa generosamente a los amantes de las rocas.

Desde cualquiera de estos peñascos en las montañas puede verse la ciudad, mirarse, mirarnos a nosotros mismos como en un cuento de Cortázar. Esencial en este doble juego es el objeto que observamos, pero igualmente el lugar desde donde lo hacemos. Estos contornos que hoy son los corregimientos, balcones naturales, fuentes de agua, alimentos y vida, donde aún asoman los caminos de tierra, los collados rocosos, los charcos y los bosques, son lugares a los que siempre desearemos retornar por mucho que adoremos la comodidad del asfalto. La Medellín endurecida por la historia tiene una oportunidad única de recobrar su suavidad ocupándose de estos territorios como fuentes de un poder proveniente de la tierra misma. ©



Vista de Medellín desde el alto de Boquerón en Palmitas.

Siempre es tiempo de

# ahorrar con paciencia y gastar con parsimonia

Para vivir con tranquilidad,  
sin deber mucho,  
sin tener en exceso,  
en abundancia justa.



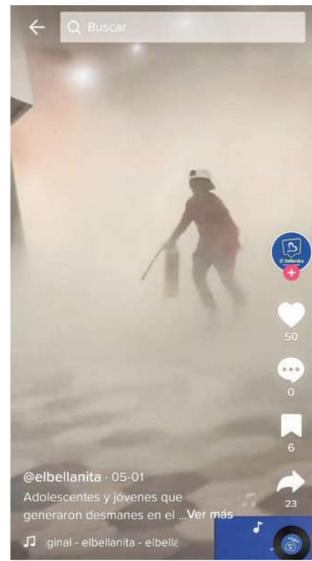
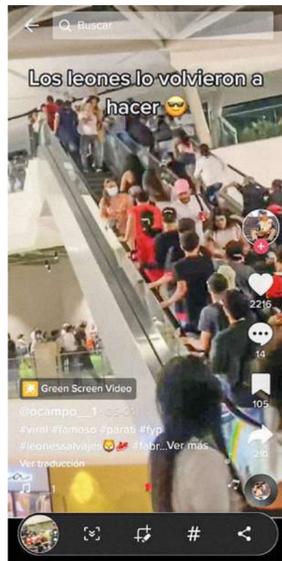
La diferencia está en confiar

confiar<sup>®</sup>  
coop | 50 años

En menos de un año de apertura, el centro comercial más grande del norte del Valle de Aburrá fue el escenario físico de una tendencia virtual que terminó en desmanes. La viralidad atrajo muchachitos por montones y creó un mito sobre extorsiones y pillos que llevó a que “varias especies” de *tiktokers* terminaran amenazadas.

# ¿Qué karma estará pagando Parque Fabricato, nea?

por ESTEFANÍA CARVAJAL - MATEO ISAZA  
(UNIVERSO CENTRO - EL ARMADILLO)



“Eran siete sardinos, cunicagados todos, de entre once y quince años. No les pongo más”, dice la vendedora. Era domingo, casi a las ocho de la noche, y la mujer estaba a punto de terminar su turno en una de las tantas (tantísimas) tiendas de colchones de Parque Fabricato. El nuevo centro comercial de Bello marca la entrada al municipio con su descomunal cuerpo de crucero apuntando con la popa al cerro Quitasol, en el mismo terreno donde por décadas estuvo la empresa de textiles Pantex. Últimamente, los domingos eran así: más sardinitos que familias, que son las que compran, y muchos de ellos, casi todos en la terraza, entregados al arte de las bromas de TikTok.

Cuando la vendedora menos pensó, los muchachitos se entraron al almacén a saltarle en los colchones, mientras uno de ellos grababa la hazaña con su

celular. ¿Y ella qué hizo? Lo que le dijo el centro comercial que hiciera: “Pues hundí el botón de pánico y me salí para afuera, porque qué más”.

Antes de que llegaran los vigilantes del centro comercial, los sardinos ya se habían escabullido escaleras abajo. La vendedora de colchones se asomó por el balcón y los vio pegarle una cachetada al maniquí de una tienda y ponerse los bolsos de uno de los tantos (tantísimos) almacenes de bolsos que hay en Parque Fabricato: esa mole de diversión bellanita. Y decimos mole, pero podríamos usar cualquier otra expresión pomposa: en Antioquia, solo Mayorca y Viva Envigado le ganan en tamaño.

Un resumen ejecutivo de Parque Fabricato diría que tiene 55 mil metros cuadrados de superficie comercial, más de trescientos locales, 2700 parqueaderos —entre carros y motos— y que su operación genera cerca de cuatro mil empleos, entre directos e indirectos.

Otro dato que sirve para ilustrar la magnitud del proyecto es que su construcción valió \$550 mil millones: \$75 mil millones más que el presupuesto que tuvo el municipio de Bello en 2021. “Es que esto quedó una belleza, parece un centro comercial del sur, de esos pinchados. Qué pesar que lo dejen dañar”, nos dijo una de las vendedoras.

Parque Fabricato fue inaugurado el 12 de noviembre de 2021 y en los primeros fines de semana ingresaron cada día cerca de ochenta mil personas. Pero antes de ese día triunfal en que los pasillos se llenaron de compradores y chismosos, hubo piedras en el camino que ayudaron a construir el mito del centro comercial.

En mayo de 2017, el comandante de la Policía Metropolitana de ese entonces, Óscar Gómez Heredia, confirmó que los constructores del proyecto inmobiliario eran blanco de extorsiones por parte de bandas criminales. En Bello

hacen presencia los Pachelly, los Mesa, los Triana, los Chatas y varias más.

En una entrevista con La FM, el gerente de Camacol también aceptó que la megaobra, así como muchas otras en el área metropolitana, estaban amenazadas, y que a sus constructores —la firma Arquitectura y Concreto— les exigían el pago de vacunas. El rumor entre la gente de Bello era que los pillos habían pedido una torre completa de apartamentos en una de las unidades cerradas que también hacen parte de la enorme ciudadela.

La Alcaldía de Bello y la sociedad propietaria del proyecto, que incluye a varios fondos de inversión y hasta a la textilera Fabricato, negaron estos señalamientos y aseguraron que no es que las obras estuvieran paradas (aunque movimiento de máquinas no había), sino que el proyecto apenas estaba en etapa de ventas y planeación.

Una fuente que trabajó en la construcción del proyecto nos contó que

“rumores de extorsiones sí hubo, pero de eso nunca se hablaba”, y que no sabe qué fue, pero que tiene certeza de que “algo tuvieron que dar”.

Las obras arrancaron en forma en 2018, y para 2021, cuando llegó el día de la inauguración, el misterio parecía enterrado bajo los nombres de las grandes marcas, tan pesados como el concreto.

Hasta que llegaron los Leones. El primer avistamiento fue en febrero de 2022, cien días después de la apertura del centro comercial. En los videos que circularon en WhatsApp, Facebook, Instagram, pero sobre todo en TikTok se ve a una horda de muchachitos escolares arrinconando a dos vigilantes contra los ascensores del cuarto piso. Los celadores manotean, levantan los bolillos y devuelven uno que otro golpe para tratar de alejar a la turba furiosa, pero los adolescentes son muchos, y no ceden.

En otros videos de esa misma noche, los muchachitos corren por un pasillo como si detrás de ellos vinieran los toros de San Fermín. Alguien activa un extintor de incendios, y al caos existente se suma la imposibilidad de ver lo que está ocurriendo unos metros más allá. Es un niño el que sostiene el extintor. Agarra la pipeta con una mano y la manguera con la otra. El niño apunta al cielo raso del centro comercial, luego al frente, de donde vienen los maratonistas (unos asustados, otros riendo a carcajadas), y entre el humo blanco aparece un policía confundido.

Según dijo la administración de Parque Fabricato en un comunicado, la trifulca empezó cuando los vigilantes de la empresa de seguridad privada Fortox pillaron a varios menores consumiendo drogas en un baño del cuarto piso: “Los infractores se opusieron al procedimiento policial y reaccionaron violentamente, activando los extintores de incendios y causando confusión entre los visitantes”.

Esa noche, el centro comercial fue evacuado y los días siguientes mojó prensa y las ventas cayeron un poco, según nos dijeron algunos comerciantes. Corrió el rumor de que los Leones eran los hijos de los pillos que habían vacunado a la constructora con una torre de apartamentos, pero al ratito la gente se olvidó del tema y Parque Fabricato siguió siendo la novedad, la verzaquera,

un centro comercial del sur, pero en el norte, donde hace un par de décadas no había siquiera una sala de cine.

El problema fue que el incidente se volvió a repetir, esta vez con consecuencias más graves. El domingo primero de mayo, el centro comercial tuvo que ser evacuado de nuevo después de que un muchachito activara, otra vez, un extintor de incendios. A los días empezó a circular en redes una supuesta amenaza de muerte contra los Leones, con foto y con rostros reales de adolescentes que no superan los quince años.

“Somos varias marcas comerciales con gran dinero para garantizar el dinero ofrecido (sic). No más payasitos en el centro comercial. Advertidos están”, dice el panfleto.

“Los Leones recibieron amenazas, que por gamines, el día que pasó lo de los extintores en Fabricato”. Quien habla es un líder de los Gudiz, otro de los grupos grandes de chicos *tiktokers* que se reúnen no solo en Parque Fabricato, sino también en otros centros comerciales de la ciudad. Según dijo, los Gudiz son entre ochenta y cien muchachitos y son más serios, pero la calle está dura y selva es selva: lo que valen son los likes.

Sobre la rivalidad con los Leones contó que las puyas empezaron luego del primer escándalo en Fabricato porque los primeros son más visajosos, discriminan a los otros por cómo se visten y les gusta (más) el desmadre.

“A nosotros no nos han amenazado, pero los vigilantes y varios policías sí nos dijeron que no podíamos guir haciendo videos en grupo porque podíamos cometer algún delito si pasaba algo en el centro comercial. Nos dijeron que era mejor hacerlo con acompañamiento, tuvimos cierto apoyo de la Alcaldía y quedamos en que los próximos encuentros podían ser en otros espacios”, dijo el líder de los Gudiz.

## El fenómeno TikTok

Play al video: una moto pasa por la Autopista Norte y una cámara en plano subjetivo muestra la inmensa fachada del centro comercial. Las imágenes van acompañadas de una voz juvenil con acento paisa que complementa lo que muestra: “No es por nada, pero qué karma estará pagando el dueño de Fabricato, nea”. El video

dura siete segundos y tiene 2,1 millones de reproducciones.

La etiqueta #Fabricato tenía, a finales de julio, 24,5 millones de visualizaciones en TikTok. Veinticuatro millones y medio. Y hay otras como #ParqueFabricato, #Leones o #FabricatoBello que suman otros millones más. Escarbar solo en la primera etiqueta es hacer un recuento de los desmanes, pero también de los famosos que han desfilado por esos pasillos y por los locales comerciales.

Un buen ejemplo de eso fue el pasado 15 de mayo. En la joyería Bracarli, del tercer piso, aparecieron María Alejandra Vco, una muchachita con cara de muñeca y 5,3 millones de seguidores en TikTok; Herrera, un sardinito con 5,6 millones de seguidores y una cara de paisa tipo Maluma que no puede con ella, y Samuelito, que entre todos es el más cachorrito y ahora se acerca al millón de seguidores. La gente enloqueció. Empujones iban, empujones venían, el tumulto, los llamados al orden, los celulares en ON y otra vez botones de pánico de locales comerciales cotizando al alza. También ese día le cayó trabajito a los de la seguridad privada.

“Cuando los *influencers* eso fue tremendo bololoi. Era justo aquí al lado en la joyería y nosotros apenas empezamos a ver ese gentío y que las vitrinas vibraban, lo que se nos ocurrió fue cerrar por precaución. Claro, al momento un montón de gente corriendo y grabando y la pobre seguridad no podía hacer nada. No pasó nada grave, pues, pero uno sí se asusta cuando pasan esas cosas”, nos dijo una de las vendedoras de un local vecino.

Más allá de los eventos con *influencers*, hay algo que hace distinto a Parque Fabricato de la mayoría de centros comerciales del valle de Aburrá —que casi parecen producidos en serie— y que lo hace muy atractivo para los retos y videos de la red social china que está conquistando el mundo: el quinto piso tiene una enorme terraza a cielo abierto, donde las personas se relacionan como si estuvieran en la plaza principal de un pueblo. Se llama Parque de las Estrellas y, a falta de parques y andenes en Bello, se ha convertido en el espacio de encuentro más importante de la zona.

Un sábado que fuimos vimos familias con niños pequeños, familias con niños más grandes, parejas de novios recién cuadrados, familias sin niños, pero con perro, mujeres y hombres que calificarían como compradores en potencia —así sea de un cono— y hacia el final de la terraza, más cerca del muro, una cantidad absurda de niños y adolescentes grabando tiktoks.

Desperdigados por la terraza, tres vigilantes saltaban de grupo en grupo tratando de dispersarlos, pero los pelaitos seguían en lo suyo: bailando sus coreografías y actuando sus retos y moviendo el celular de aquí para allá, pese a los constantes llamados al orden.

Según nos dijo la secretaria de Seguridad y Convivencia de Bello, Daniela Ortega, los Leones “son jóvenes que se citan en el centro comercial para realizar retos. No son delincuentes, ni mucho menos. Nosotros no podemos perder de vista que son menores de edad”.

Tampoco hay indicios de que sean hijos de los pillos que vacunaron a Fabricato, como se rumora en Bello, ni nada de lo que han hecho ha generado daños económicos o físicos importantes. Como máximo, son Umpalumpas del desorden. Corren por los almacenes arrastrando su caos como un demonio de Tazmania, perseguidos por su propia versión de Elmer, el cazador: dos o tres vigilantes que no pueden hacer contra ellos más que hundir el botón para llamar a la policía.

Después de las amenazas, la Alcaldía de Bello se reunió con la gerencia

del centro comercial. También estuvieron el comandante de la estación de Policía, el comandante del Distrito, personal de Policía de Infancia y Adolescencia y la Comisaría de Familia de Bello. En la reunión, la gerente aseguró que las marcas de Parque Fabricato no tenían nada que ver con el panfleto, y explicó las medidas tomadas por el centro comercial para evitar que los retos de los muchachos se salgan de control: según los vendedores, un par de vigilantes aquí y allá, y el aclamado botón de pánico de los almacenes.

El chico de los Gudiz confirmó que la Alcaldía les había pedido usar para sus retos algún espacio público de la ciudad, como la Unidad Deportiva Tulio Ospina, y que avisaran a las autoridades sobre sus encuentros con varios días de anticipación, para que la administración municipal pudiera hacer un “acompañamiento” de las actividades.

Manuel\* militó en los Gudiz, Pandas y fue cercano a los Leones. Pero desertó en medio de la calentura y ahora trata de ser *influencer* independiente. Dice que llegó ahí por su experiencia como creador de contenidos y porque vio una oportunidad para conocer más gente, pero contó que el éxito de esos encuentros terminó por jugarles en contra: todo lo malo que pasaba en Parque Fabricato era culpa de ellos.

“El tema es que salieron otros grupos como Looney Tunes o los Trullulú y ya la situación fue muy difícil de manejar. Yo me alejé de esos parches porque me trajo problemas y yo no quería líos con la ley ni con nadie”, nos dijo vía WhatsApp. El resultado de las amenazas y del jalón de orejas de la Alcaldía es que ni los Gudiz se han vuelto a reunir en grande, ni a los Leones o a otros grupos se los ha vuelto a ver en manada por el centro comercial. Eso sí: el Parque de las Estrellas sigue llenándose cada fin de semana de pelaitos que cualquiera puede encontrar en redes con las etiquetas adecuadas. ☺

\*Nombre cambiado para proteger a la fuente.

**Localizando futuros muertos CCPE**

**\* Se ofrece recompensa de 5 millones de pesos si dan información para contactar por cada uno de estos personajes**

**\* También se ofrecen hasta 30 millones de pesos si los entregan muertos y descuartizados en costales**

**Somos varias marcas comerciales con gran dinero para garantizar el dinero ofrecido**

**NO MAS PAYASITOS EN EL CENTRO COMERCIAL, ADVERTIDOS ESTAN**

Una visita a un pueblo silencioso y desconfiado. La aventura de un periodista sigiloso. Las letras en las paredes del pueblo hablan de los odios, los peligros, el terror. Para el buen entendedor... Visiten esta Saravena de 1995 como retrato de las guerras colombianas.

# Saravena, un diccionario

por CARLOS SÁNCHEZ • Ilustración de Araucana

Desde Pamplona, aquella ciudad enamorada, la carretera se retuerce descendiendo las faldas de la Cordillera Oriental sin alejarse demasiado de la frontera con Venezuela. Abajo, en el piedemonte cordillerano, donde comienzan las sabanas sin fin de los Llanos Orientales, está Saravena, un pueblo joven, se diría naciendo todavía y conformado por colonos de muchas partes de Colombia.

El bus seguía hacia Tame, al sur, adentrándose en el llano y dejando atrás la frontera internacional. Me había embarcado al promediar la tarde y al llegar a Saravena ya había oscurecido aunque la distancia solo era de 150 kilómetros. En la misma calle que me apeé, que cumplía como terminal de transporte, encontré hotel y restaurante en un solo negocio. Lo atendía una familia que vivía ahí mismo. Me asignaron un cuarto y mientras me instalaba vino la señora, joven y amistosa. Me había registrado como artesano y quería ver mi trabajo. Su hermana cumpliría años la semana siguiente y tal vez encontraba algo para regalarle. No encontré nada de su gusto, en cambio fue evidente que su visita, que procuraba la idea de una casualidad, era un figoneo de mis cosas y un interrogatorio a domicilio. Sin duda un procedimiento típico de la zona. La fama de Saravena empezaba a ser real, pero al menos contaban con la delicadeza del disimulo que no me habían ofrecido en otros pueblos.

En la mañana salí a conocer, llevaba el tablero de artesano. La novedad es algo fugaz y su provecho es mejor en ese breve tiempo que dura la sorpresa en la retina. Era un forastero pero también era un artesano y un periodista. Ya sabía, sin embargo, que de las tres condiciones la última debía ser invisible y que la primera podía justificarse en la de artesano que era lo único que podía explicarme por allí. Días antes en La Playa de Belén, Norte de Santander, donde

podía presentarme como turista de Los Estoraques, un par de paisanos, comedidamente, me habían sacado del pueblo. “Es por su bien, hermano, váyase de aquí”, pero en Saravena no había turismo, era, pues, un artesano.

Las calles anchas y con pavimento de cemento. El parque muy concurrido a esas horas. Parroquianos de sombrero y poncho caminando o conversando debajo de árboles o estacionados frente a negocios de ropa, ferreterías o tiendas de abarrotes. Algunos se habían bajado de sus bicicletas y las sostenían mientras conversaban. Vendedores ambulantes de relojes, lotería, café, ríferos de motos y bicicletas que hacían vibrar sus voces bajo las frondas de ceibas, amarillos, almendros. No faltaban tenderetes de juegos, jugos, frutas o frituras. Restaurantes y bares, los clientes aturridos por valenatos, no por joropos llaneros. Soldados y policías muy pertrechados, dispersos por cada cuadrante. Al paso por ese lugar central veía un pueblo próspero, abrigado por la pujanza y la esperanza de sus habitantes venidos hacía tan poco a mejorar sus vidas y a inventar un pueblo. Era cierto ese triunfo de sus vidas y no lo era menos que vieran interrogados, muy de cerca, por la guerra. Para encontrar respuestas o para complicarlas, había también paisanos disfrazados de paisanos secretos para ver cómo sucede todo eso que hace que Saravena sea como es.

Caminé por ese parque como el artesano que era, sin afán, atento, ofreciendo aretes, collares, pulseras, con notorio éxito. No me extrañé, había ocurrido igual en otros lugares también muy referidos en las guerras colombianas: Otanche, Puerto Boyacá, Ocaña. Un hombre de unos treinta años quiso una cruz para su cadena. Tenía de alpaca. Sabía bien que en un tablero de artesano no deben faltar cruces de cualquier material y que en pueblos como este tienen harta demanda. Pregunté si la podía hacer más grande. Convinimos

precio y mientras la hacía el tipo desarrolló una conversa que era una versión callejera del interrogatorio hotelero. ¿Y le gusta el pueblo? ¿Ah... y a quién conoce? ¿Y vino por Tame o por Pamplona? ¿Piensa quedarse mucho tiempo? ¿Y pa onde piensa seguir? Ahora el pueblo se parecía más a su fama pero menos de lo que se parecería poco después.

Luego de hora y media, acaso dos, abandoné el animado y conveniente parque y tomé camino por la calle que me pareció más larga y concurrida. Un forastero siempre encuentra algo para mirar por primera vez y un artesano alguien a quien ofrecer su trabajo. El periodista, entre tanto, puede aprovecharse de los dos. El sol del llano retostaba las calles que lucían muy limpias, el aire ardía pero el pueblo era vivible por las ráfagas de vientos que venían corriendo por las extensas llanuras y fluían aliviando el bochorno. Casas amplias y sólidas de un solo piso. El dosel de ceibas, balsos y otros árboles siempre por encima de los techos.

A poco andar, todavía en el barrio Centro, encontré un grafiti que le confundía la edad y todas las victorias económicas a ese pueblo recién nacido. La frase apareció con furia, igual que un asaltante que no aborda a su víctima con sutilezas: “Hay 40 toneladas de TNT para cada perro guerrillero”. Los trazos de aerosol blanco eran bruscos, reteñidos pero legibles. No tenía para qué leerla dos veces. Me dejaba preguntas y conjeturas, pero podía no ser tan extraña, la guerra estaba viva y los enemigos tenían necesidad de amenazarse. Amenazar es una forma de atacar y a veces suma. Seguí caminando, no buscando más frases ni huyéndole a esta, pero tampoco como si no la hubiera leído. Venía de Pamplona, “la ciudad enamorada”, mantenía el recuerdo de repetidas declaraciones amorosas que con afán y temblor decoraban los muros de la vieja ciudad: “Crys en mi corazón hay un gran lugar para ti”, “Nena floto

solo con tocarte”, “José te necesito hoy, mañana y siempre” y montón de corazones flechados al lado de letras iniciales y secretas.

Saravena es joven pero es grande. Las calles se abren en damero, muy planas. La frase quedaba atrás con su clave de odio. No era contra mí, pues no era un guerrillero, aunque lo fuera en ese supuesto que encarna todo forastero. Tampoco aumentaba anuncios o peligros a los dos interrogatorios vividos o a esas mallas antigranadas de uso en el edificio policial del parque. Podía entenderla como parte no letal de la guerra. Por ahora bastaba para que Saravena se hiciera inolvidable en mi memoria de pueblos.

Ahora caminaba menos distraído que antes aunque igual, sin saber hacia dónde. El periodista y el forastero no necesitaban saberlo, pues todo narra, todo muestra, pero aunque el tablero de artesano podía “pagar” esa ventaja, prefería no creerla demasiado. No es necesario y puede ser necio ver todo lo narrable. Caminaba comprobando que la prosperidad que se anunciaba en el parque era evidente y pacífica en las calles y así encontré otro grafiti: “Las chicas de Saravena son bonitas, la guerrilla me emociona, pero matar me fascina”. También en aerosol blanco y sin firma. Aunque su anonimato inducía duda, debía entender la emoción guerrillera como una ironía enemiga.

Anheló de viajero es ver cosas por primera vez. Aquellos grafitis, su estilo de odio primario en el que no mediaba la política ni la discusión de un ideario o doctrina sino la venganza y el rencor era algo que me resultaba novedoso, así que mi anhelo recibía su parte, pero esta no agregaba gozo ni gracia al anhelo.

En la calle siguiente, justo en la pared de la esquina donde el ojo del paseante requiere un poco más de atención, encontré otra frase, era imposible no leerla. Una sola mirada la recogía completa como una revelación

instantánea. Más que una frase era un objeto o artefacto complejo. Tal vez una mina de desintegración mental: “Volver a nacer es volver a matar”. Eran letras, simples letras en la pared pero no parecían escritas para ser leídas sino para ser sentidas. Un puñetazo en el estómago, los riñones, un garrotazo en la cabeza. Esa frase diminuta escupía toda la filosofía conocida y creaba una que se cerraba y erraba sobre sí misma, sin dejar afuera ninguna esperanza ni cultivarla adentro. ¿Qué podía seguir sino un au-lido? No puede explicarse cómo esa sola frase no había desalojado al pueblo entero, cómo no había crecido hasta apersearse del ánimo de la gente igual que un eco exterminador. Seguí mi camino pero ya no era un forastero, ya sabía mucho, algo muy íntimo de allí. Había perdido la inocencia saravenense.

Doblé una calle, entré en la próxima, igual que antes, sin dirección calculada, pero la novedad estaba en retirada. Georges Limbour, a quien llamaron el Vagabundero, escribió de un pueblo africano: “Me parecía que los habitantes de esta ciudad escondían bajo sus largas ropas, a la altura de su pecho, una profunda herida, un abismo luminoso”, pero allí solo veía la herida. Había perdido la inocencia saravenense.

Caminaba pensando que no podía haber más frases como esas, que era imposible tal suma o resta o división o lucro del odio. Pero estaba equivocado y

pronto encontré otra: “Unase perros ase-sinos”. Las frases anteriores me habían causado admiración, incredulidad y una clase de desgano inédito a la hora de conocer un pueblo. Esta última frase era de respuesta y tenía menos calibre o pólvora o filo y hasta revelaba indefensión. Pensé en los enemigos de Unase agazapados en la noche como un contendor que es consciente del daño que le produciría el silencio, pero que apenas logra ese desgano y previsible ruido.

Todo eso que veía era la parte oral de la guerra. Los proyectiles funcionaban como un veneno gaseoso que se instalara en un punto del pueblo para que el enemigo lo llevara en su respiración. Las frases parecían escritas hacía poco tiempo y sin duda perdurarán años porque nadie se atreverá a borrarlas. Caminé dos cuadras más y como si lo visto hiciera parte de una obra teatral y el pueblo no fuera más que el gran escenario, me topé con una frase que era parte de otras guerras y dolores humanos, un drama de señoras que, incluso, exhibía nombres personales: “La Mona y la Negra zorrax hijeputas daña hogares vayanse de aquí despues no digan que no les dijimos nada”. El amor también estaba en Saravena pero había acumulado más realidad que en Pamplona.

Es un pueblo de apenas treinta años, sin embargo, al leer aquellos grafitis su edad se tornó incierta, indeterminada, una de esas confusiones que no aclaran

con la verdad sino que oscurecen. Aquellas advertencias y llamados parecían hechos en un pueblo que hubiera acumulado aborrecimientos durante siglos.

Debajo, encima y a los lados de esa belicosidad, que parecía sellar a Saravena en una espesa condición de rencores y desprecios, tendría que haber una diversidad de fuerzas y espíritus construyendo el abismo luminoso que aparecía en la frase del Vagabundero. Había recorrido muy poco, apenas parte del barrio Centro, pero aquel desgano de novedades que había empezado a sentir se multiplicó tanto que decidí regresar al hotel y mejor a la carretera imprecisa y resbaladiza. Di la vuelta, dejando como un sobrado de periodista, todo eso que prometía Saravena, incluida aquella urgente luminosidad. Antes de llegar al hotel encontré otra frase, pero una de ocurrencia general en Colombia, con seguridad en el mundo: “No vote”. Un cántico de pajaritos carente de eficacia por su repetición y por el fraude y creciente degradación de la democracia que censura.

La carretera sale de Saravena y continúa bordeando estribaciones de la Cordillera Oriental que poco a poco se convierten en el gran llano colombiano y según dicen libros y folletos turísticos en una de las tierras más fértiles del mundo. No recuerdo si había el aviso que despide a los visitantes y les desea pronto regreso.

Más allá, por la misma carretera, ya cerca de Tame, en terrenos baldíos y solitarios, florecen silvestres los jazmines. Fueron sembrados al azar del viento y de los pájaros. Por cuatro o cinco días las flores permanecen vivas, meciéndose en sus tallos y luego pierden vigor, se reblandecen, se opacan y ya no alumbran más, pero brotan otras, nunca faltan en los potreros esos jazmines florecidos.

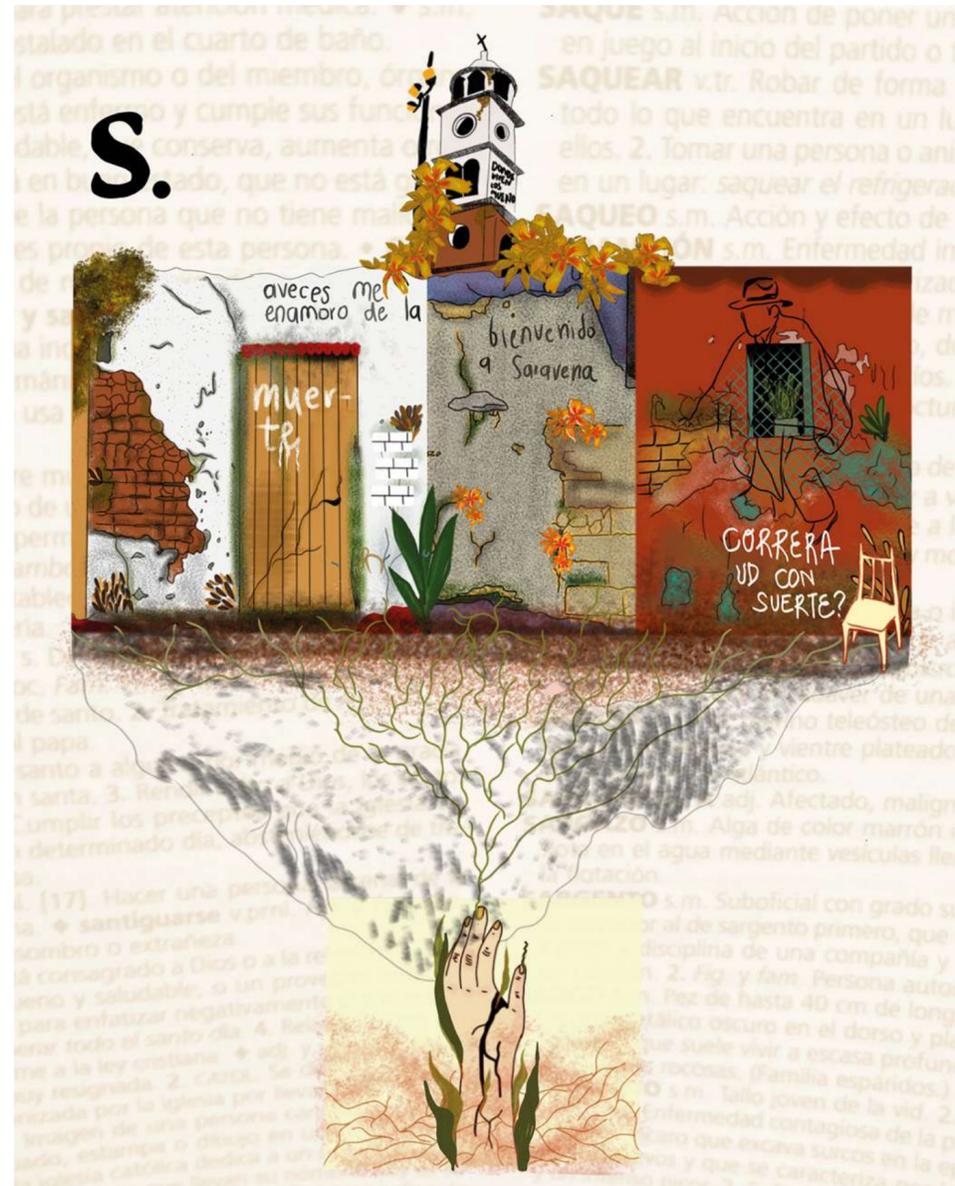
El carro alborotaba el polvo de la carretera y hacía temblar el aire con su rugido, no mi pensamiento detenido en aquellas frases y en el diccionario que integraban. Merecían nombres: la Siempreñútil, la Talión, la Rabiosa, la Nadafértil, la Yotematoprimerero.

**Posdata:** Saravena era eso: un museo del odio a cielo abierto, un gesto grotesco del rencor político, un pequeño diccionario colombiano. Aquellas palabras tan expresivas y contundentes que parecían cosas, aparatos, en verdad valían más que mil imágenes, eso sí, menos que una bala. También estarían escritas en la piel de la gente como un tatuaje local que era imposible ignorar. Tenía por qué pensar que aquellas paredes tan documentadas eran, en algún plano simbólico o emocional, pechos, rostros, manos, espaldas de los saravenenses. No hablé con nadie de esas palabras que más que nunca convertían al lenguaje en arma, si bien en arma bruta, analfabeta. A lo mejor nadie hubiera querido hablar sobre ellas igual que no desearían verse en el aprieto de borrarlas. No dudo de la potencia reveladora de aquellas posibles conversas, de su promesa periodística o literaria. Tal vez alguien hubiera contado con el valor civil necesario para ahondar en ellas, pero si quería escribir sobre el fenómeno ya tenía suficiente información con lo visto.

Sea que mi interlocutor conociera o no a Pamplona, la paradoja saltaría sin falta. Estas eran palabras de guerra y no se podían borrar, las palabras de amor que enaltecían a Pamplona sí había que borrarlas, no porque sobrara allí el amor, sino porque Pamplona no sabía atormentarlas ni qué hacer con ellas. El destino de sus paredes y frases de amor podía asemejarse con estas del odio. En Pamplona se les imponía el silencio con ayuda de la policía o de una multa, en Saravena las palabras mismas imponían silencio. Eran palabras que no sabían conversar. Palabras egoístas que no querían dar origen a otras como dicta su naturaleza, sino acabarse entre ellas.

En mi infancia escolar hubo palabras que en esta ocasión recordé, aunque pertenecientes a un linaje menor de la violencia y de la brutalidad y que también estaban servidas a la luz del día, aunque no en muros y paredes. Un ramillete de cinco palabras que con harta facilidad brotaba de las bocas de padres y maestros: “La letra con sangre entra”. No entra. Pero si entra, ¿cómo saldría? ¿Ah... cómo saldría? Tal vez sí entre y acaso las frases de Saravena sean parte de la respuesta, al menos parte porque se necesitan muchas partes para producir textos sociales como aquellos.

Salí de aquel pueblo niño donde la guerra se expresaba en palabras tan antiguas. Era un pueblo grande, unos diez o quince barrios según vi en un mapa y apenas había recorrido el que llaman Centro. Todos esos horribles grafitis sí estaban escritos contra mí, aunque no fuera un guerrillero ni su enemigo. Agregaron a mi ánimo una desazón de permanencia que no estaba causada por falta de distancia, como en aquel que siente un estado de ausencia si no está en viaje o preparando uno. Salté de allí expulsado y con la sensación de haber asistido a una intimidad colombiana. ©





## C I E L O

por ADRIÁN FRANCO •

Los últimos días que estuvo en pie el edificio Mónaco me decía de que preservaba en su interior un archivo peculiar. Mientras que en la fachada se podían ver pancartas con cifras y frases célebres de las víctimas de Pablo Escobar, que la Alcaldía de Medellín había seleccionado y fijado como argumento base de su decisión de tumbarlo; adentro, la estructura de concreto y mármol era una ruina saqueada que comenzaba a develar las capas ocultas de su propio sistema constructivo, el cual incluía papel periódico de los años ochenta. Una hemeroteca cínica si se quiere. Parte de la historia de Colombia estuvo siempre guardada en el cielorraso del hogar de su más icónico narcotraficante.

El viernes 2 de febrero de 2019, a las ocho de la mañana, justo el último día que se podía entrar al Mónaco antes de que se ubicaran las cargas explosivas, estuve allí con un equipo de camarógrafos en la producción de un documental para un canal local de televisión. La mansión que Escobar y su familia construyeron en 1985 en el barrio El Poblado de Medellín, la misma que fue blanco de un carro bomba en 1988 y que se hizo mundialmente

famosa cuando las series de televisión que contaban la vida del capo la convirtieron en escenario favorito para hacerse selfis, había sido condenada a su demolición por orden del alcalde. Una decisión caprichosa de la administración municipal para “cuidar la buena imagen de Medellín” ante el mundo y crear un relato oficial de lo que aquí pasó. Cómo nos hemos querido contar y cómo deseamos que nos vean afuera fue el origen del espectáculo, que tendría su acto central ocho días después, el 22 de febrero, con la transmisión en vivo de la implosión del edificio desde un club privado de la ciudad.

Antes de desaparecer, la ruina seductora capturó la atención de todos. Cuando estuve adentro, lo primero que hice fue dejar que la vista se acostumbrara a las formas que ofrecía el espacio, en muchas partes oscuro, reconociendo los detalles, como me enseñó alguna vez una guía en la selva del Chocó: dejar tiempo para que el ojo se acostumbrara al verde aparentemente uniforme y así descubrir que en el monte habitan más ojos que hojas. Lo que descubrí en este caso fueron precisamente hojas, pero de periódicos viejos y deshechos. Más que el mármol, la caja fuerte o la piscina, lo que me impactó fue descubrir cómo la

verdad mezclada con estuco sirvió para construir el edificio del capo, específicamente los cielorrasos, en cuya técnica de fabricación se empleaba como sustrato papel periódico.

Durante varias semanas los funcionarios de la alcaldía habían tratado de debilitar la estructura para que su demolición fuera el espectáculo esperado. A medida que se desmantelaba la edificación fueron apareciendo hechos noticiosos registrados por la prensa. Mientras subía por las escaleras del edificio descubrí más periódicos que colgaban de los techos o que habían perdido su pelea con la gravedad y reposaban en el suelo, junto a otros escombros, restos de animales muertos y de vegetación que encontraron la forma de vivir en el concreto.

De todas las noticias que pude ver en las hojas, la que más llamó mi atención fue la de un recorte de *El Espectador*: “La credibilidad de un periódico”, escrito por Guillermo Cano, quien fue asesinado por Escobar justamente por expresar su opinión en contra de la mafia y confrontar al narcotraficante. Previamente, a lo largo del último semestre de 2018, había realizado una investigación por encargo para el desarrollo de otro proyecto audiovisual liderado

por una productora de la ciudad; la labor implicaba rastrear el material noticioso relacionado con el narcotráfico, publicado en *El Espectador* entre 1983 y 1993, por lo que tenía muy presentes las columnas de Cano. ¿Qué hacía ese titular visto hace poco en la hemeroteca de la Universidad de Antioquia tirado en un rincón del Mónaco? Entendí la ironía: la prensa, frágil en su materialidad física pero duradera como registro del pasado, había sobrevivido y estaba planteando una nueva discusión.

Tanto me intrigó el descubrimiento de ese artículo que regresé al archivo de prensa de la universidad donde meses antes había realizado la investigación, en busca de la edición completa del periódico para releerlo.

“Sin credibilidad la prensa está perdida” escribió Cano ese 17 de julio de 1983 en la edición número 27.015 de *El Espectador*. Libreta de apuntes era el nombre de su célebre columna editorial, que publicaba cada domingo en el diario donde libró varias batallas escritas en los años ochenta y en la que reflexionaba sobre la verdad y la ética periodística, entre otros temas que lo apasionaban, como cuenta la profesora Maryluz Vallejo en el libro *Tinta indeleble*: “Denunció las oscuras mangualas



## R R A S O

Fotografías por el autor

clientelistas de Santofimio Botero en el narcotráfico... Continuó capoteando a otros cabecillas del Cartel de Medellín en la más pavorosa faena periodística que se haya librado en Colombia. Fue de los primeros en advertir las inusitadas fortunas de dos paisas emprendedores: Pablo Escobar y Carlos Lehder, cuando sus actividades delictivas apenas eran un rumor...”.

En ese momento, además de los dineros calientes, era noticia en el país la confesión que Carlos Lehder había hecho sobre su labor de intermediario en el tráfico de drogas desde una isla de su propiedad en las Bahamas, lo que despertó el repudio inmediato a la cultura narco en unos sectores de la vida pública colombiana y el silencio en otros.

La tinta dominical ochentera es exquisita en la sección 2-A EDITORIAL donde reposa, al lado izquierdo, la Libreta de apuntes de Cano. Esta se desarrolla bajo cuatro subtítulos: “La credibilidad de un periódico”, “Misión imposible. Misión cumplida”, “La credibilidad de los pillos” y “Una frase memorable”. Las últimas palabras de la columna, donde denunciaba la corrupción rampante del conglomerado económico Grupo Grancolombiano, fueron: “...porque un día sí y otra

semana también, y al mes siguiente y en el semestre y luego en años, lo que dijimos desde un principio y seguimos diciendo con la fortaleza que la verdad y la seriedad de las afirmaciones nos proporcionaba, se fue confirmando, parte por parte, palabra por palabra, denuncia por denuncia”.

En la parte superior del centro de la página se encuentra la Figura de hoy, un retrato del entonces presidente de México, Miguel de la Madrid, que resalta en el recorte de prensa hallado en el Mónaco y que era noticia entonces por un encuentro de presidentes en Cancún para estudiar soluciones al conflicto centroamericano, al que también asistió el presidente colombiano Belisario Betancur. Debajo de la foto, Antonio Caballero habla del exilio como un destino recurrente en la historia de América. Al lado opuesto de la de Cano se ubica la columna de Gabriel García Márquez: “¿Qué libro estás leyendo?”. En la que el nobel reflexiona sobre la transformación que el hábito de la lectura ha tenido en el mundo. Completan la editorial, las Gotas de María Teresa Herrán y un par de noticias sorprendentes bajo el título “Así va el mundo”.

En “Las cintas del congreso 86”, otra de sus recordadas columnas que también

pude ver entre las ruinas del cielorraso, publicada el 4 de septiembre de 1983, Cano ataca con fuerza y genio la industria narcotraficante del país, justo cuando se empezaban a evidenciar sus vínculos con el poder ejecutivo, la clase política y empresarial. En esta Libreta de apuntes imagina y describe, en el tono vehemente y mordaz que lo caracterizaba como escritor, un futuro Congreso que sería elegido en las siguientes elecciones legislativas, si no se controlaba a aquella “clase emergente sin escrúpulos”, y propone incluso una transcripción parcial de las “grabaciones magnetofónicas” de lo que serían las primeras sesiones de ese Congreso que tomaría posesión de sus curules, el 7 agosto de 1986.

Entre algunos de los discursos memorables emitidos durante aquellas hipotéticas plenarias que se darían tres años después, bien vale la pena citar la de un tal “Senador E”: “Muy bien dicho, dignísimo narcotraficante. Usted tiene la razón y puede contar con mi voto afirmativo para sus dos proposiciones que yo añadiría, como tendré oportunidad de decirlo más a fondo en los próximos días, con una iniciativa que me viene dando vueltas en la cabeza desde hace varios años: la de legalizar la

elaboración de cocaína pura como primer producto de exportación colombiano, indispensable para estabilizar la balanza de pagos de este país. Ustedes saben que de no haber sido por el esfuerzo de muchos de los que aquí estamos y de otros muchos que nos seguirán en las próximas legislaturas, al país se lo hubiera llevado el diablo en su balanza de pagos porque fueron los dólares de la droga los que...”.

Mientras recorría el Mónaco ocho días antes de la implosión, resonaban en mi cabeza las palabras de Cano y los epítetos con los que se referirían, unos a otros, aquellos honorables hombres probos del futuro: “Honorabilísimos colegas...”, “Honorable gran capo de los estupefacientes...”, “Dignísimos falsificadores...”, “Respetabilísimos homicidas...”, “Eminentísimos incendiarios...”, “Como honestísima vocera del sexo femenino que representa a la nueva clase emergente...”, “Ilustrísima senadora elegida por la circunscripción electoral de las mulas...”, “Serenísimos sustractores de cintas de extractos bancarios reveladoras y comprometedoras...”.

El 6 de septiembre de 1983, dos días después de publicada la columna de Las cintas del congreso, *El Espectador* difundió en primera página una

investigación sobre narcotráfico titulada "Revelaciones sobre Pablo Escobar" en la que cuenta las sindicaciones y procesos sobre tráfico de narcóticos del entonces representante a la Cámara suplente. El 12 de septiembre, menos de una semana después, Escobar se marginó de su movimiento político Alternativa Popular.

Un postulado de García Márquez, de la columna citada arriba, sostiene: "El gran peligro de la relectura es la desilusión. Autores que nos deslumbraron en su momento podrán —y casi siempre pueden— resultar insoportables. Es algo como lo que sucede con la novia de colegio...". Desafiando la opinión del nobel, debo decir que la relectura del periódico de 1983 no me desilusionó, al contrario, resultó un ejercicio revelador. Con casi cuarenta años de distancia, identifiqué en titulares y enunciados del rotativo al que pertenecía la página encontrada en el Mónaco, una preocupación nacional: qué lugar ocupamos en la historia mundial. Empecemos por el titular que corona la portada: "Colombia subió muy alto", una nota en la que el periodista Rafael Mendoza escribe sobre la reconquista del liderazgo en la montaña que el ciclista Patrocinio Jiménez había realizado en la Vuelta a Francia. En una parte del artículo dice: "Esta mañana ya los diarios franceses se habían olvidado de los colombianos, los habían condenado al olvido de tantos corredores que se pierden en el anonimato de las casillas intermedias". Se revela una orfandad de atención que el deporte a veces soluciona, aunque temporalmente. Por su parte, Clarita Duperly de Restrepo escribe su editorial en la página 4-A llamado "¡Arriba Antioquia!", aferrándose al buen regionalismo como la mejor manera de enfrentar la violencia desatada por la mafia en la región: "El famoso refrán popular de 'antioqueño no se vara' que los paisas hemos repetido por generaciones con cierta arrogancia, que parece molestaba bastante al resto de nuestros compatriotas, con justa razón, ya que iba cargado de una buena dosis de autosuficiencia, lo estamos viviendo ahora, pero con la humildad que nace del sufrimiento de un pueblo que ha visto derrumbarse en poco tiempo lo que más amaba y en lo que cifraba su mayor orgullo".

Pero es al lado de la columna de Cano, en "El exilio", escrito por Caballero, donde la preocupación es literal: "Simón Bolívar [...] decía desencantado en una de sus últimas cartas: 'Lo único que se puede hacer en América es emigrar'. Bolívar era el libertador de media América; de esa América que, precisamente, era la tierra de promisión a la que se emigraba, y no al revés. Y se emigraba a ella porque era una tierra 'sin historia', como la definió Marx desdeñosamente; o que —como había dicho Hegel, más desdeñoso todavía— sólo había contribuido a la historia con la invención del aguardiente".

Y con la producción y distribución de cocaína, si el regionalismo nos permite el complemento.

En tierra de verdades amañadas, regresar al buen periodismo quizás ayude a aceptar que el narcotráfico, ligado de muchas formas a la política y al regionalismo demagógico, ofrece un relato más honesto de nuestra historia nacional. ©

\* Cielorraso es un proyecto de creación que se empezó a escribir en el colectivo Narcoslab (@narcoslab\_co). Una primera versión se publicó en el libro *EX-PURGO, edificio Mónaco*, Policéfalo Ediciones, 2021 (@policefalo.productions).



# NOTICIAS DE ANTIOQUIA LA GRANDE



¡Exclusivo! Así se verá el nuevo escudo de Antioquia Federal.

Al parecer la segunda independencia de la Provincia de Antioquia se está cuajando tan rápido como el quesito. Y mientras unos hacen sonar el bolinillo en la olleta del descontento otros ya casi tienen listo el calentao y el fiambre para el camino, que se presume culebrero. Aquí, pa que se desayunen, les traemos el escrito en que se declararía la emancipación montañera, la desconocida historia de la primera heroína paisa, las categóricas decisiones que tomará el nuevo gobierno de la pura raza y otras pendejaítas.

### Vida y milagros de la heroína federal

En la segunda mitad del siglo XVIII, como un parto de los montes, nació la heroína, virgen, santa y mártir que dio su vida por la causa de Antioquia Federal, según se registra en el volumen *Fazañas ilustres de la muy mentada doña Juana de N'arco, emancipadora*, una auténtica rionegrera, criada en Peque y sonsoneña de corazón, tocaya de la guerrera francesa. Siendo tan especial, señala el libro, estudió en una normal de señoritas, y allí, en clase de manualidades, sorprendió a todas al bordar el mapa del terruño con una precisión y delicadeza angelicales. Paisaje viene de paisa, fue lo que dijo, y no descansará hasta ver liberada la república antioqueña de los recostaos y ateniados de otras provincias. Aquí hay de todo, como en botica, también fue diciendo antes de empuñar el trabuco en la Batalla de Guatapé, donde escondió a su tropa detrás de la Piedra del Peñol, demostrando su precoz capacidad para lo mi-

litar. Su intención era subir con el ejército patriota hasta la cima de esta y desde allá dispararle al enemigo, pero el dueño de la piedra le cobraba mucho por la subida. Así que fue derrotada por las huestes centralistas, que le dieron la sala de costura por cárcel. Obró milagros. Una vez recorrió las trochas de Antioquia, a caballo, sin derramar ni una gota del tinto que se iba tomando; hizo rendir una libra de arroz para todo un batallón; enderezó un banano y, en plena refriega, desarmó un balín. Se cuenta también que puso a pensar a una tapia. Como la mártir gala, defendió a Francia de una tal Mafe Cabal. Aunque su muerte es todavía un misterio, se dice que se quemó en unas elecciones. Ya carbonizada, y pese a estar muerta, su último milagro fue no quedar con los pies fríos.

### Téngase fino

Eso es lo que parece advertir a sus paisas vecinos la República Independiente de Antioquia la Grande, a juzgar por el contenido de la que sería su Acta de Independencia, redactada por miembros del notablatto maicero y todavía en borrador, exactamente a la espera de que José Obdulio y Darío Acevedo le hagan corrección de estilo. Lean este fragmento y verán: *Se nos llenó la taza pa que sepan. Estamos hasta aquí de que se mantengan diciendo que Antioquia fue la que dañó a Colombia, que los paisas somos más malos que Caín, más peligrosos que una quiebrapatas en Junín, más creídos que el fiscal Barbosa, más tramposos que plan de celular y más de todo. Ustedes los colombianos lo que son es*

*una mata de malagradecidos, que no le reconocen a los paisas ni cinco y todo lo que hacemos les parece mañé y ordinario. Y eso no se lo aguanta ni Mirús. Si es que no les gustó que por aquí ganara las elecciones uno distinto al ojibrotao, pues muérdanse un codo, que antioqueño que se respete hace lo que le da la gana, menos pegarle a la mamá. Somos unas seditas por la buenas, pero por las malas acabamos hasta con el nido de la perra. Así que si nos van a mirar feo y a echarnos cantaleta, vénganse de a uno pa atendelos, y no traigan machete que aquí les damos. Ya les hemos aguantaao mucho y esta vez les vamos a parar el macho. Pónganla como quieran. ¡Viva Antioquia Federal! ¡Ábranse, gonorreas! Les seguiremos informando cuando quede lista la versión definitiva, que debe ser muy pronto porque "le están bolliando a lo que da el tejo".*

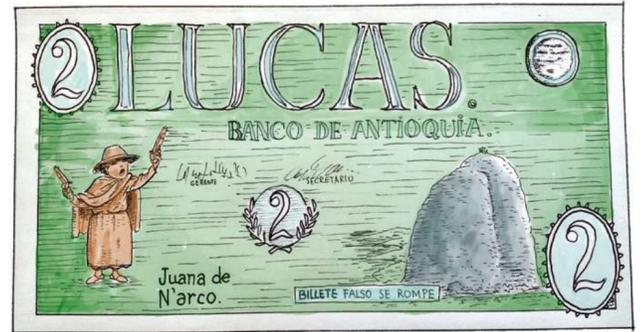
### El país paisa va a la lata

Ya se pueden confirmar algunos rumores acerca de las decisiones que tomará la Junta Prolibertad que Perfumas una vez declarada la emancipación de la República Independiente de Antioquia la Grande: -Se nombrará a Juan Camilo Restrepo como presidente transitorio. -La moneda será la Luca, subdividida en Gruesa, Menuda y Cascajo. -El nuevo himno será elegido entre las siguientes obras musicales emblemáticas: *Trovas de la Independencia*, el bambuco *Antioqueño es mi Dios* o el himno de Envigado, *La Morcillesa*. -Las embajadas y consulados de la república paisa serán los sanandresitos de toda Colombia, donde se podrá comprar la visa para entrar a Antioquia, tanto la legal como la chiviada. -Será abierto un corredor para repatriarse por El Hueco, en Cundinamarca con Maturín, donde habrá estrictos controles para evitar que esto se llene de colombianos. -Para la defensa de la patria se creará una fuerza élite de combate, los Marines de Guarne. -Como ministra de comercio exterior ejercerá la doctora Aranceles, quien para mantener la confianza inversionista y tranquilizar los mercados ya manifestó que "no dejamos de arreglar".

Todo lo anterior nos lo filtró una fuente del periódico que, por supuesto, ya no se llamará así. Se dice que tomará el nombre de *El pilón de la montaña* o el de *A ver pues*, y su lema será *El colombiano de los antioqueños*.

### La Foda antioqueña

Con su característica objetividad y rigor académico, el profesor emérito de Eaft Ancízar Restrepo Builes asegura que los antioqueños tenemos únicamente Fortalezas y Oportunidades, descarta de plano las Debilidades, y en cuanto a las Amenazas considera que todas provienen de lo que queda de Colombia, allende nuestras fronteras. "Eso de que los antioqueños somos muy exagerados es una exageración de esos extranjeros a quienes la envidia y el resentimiento no los dejan tener vida", afirma el doctor Restrepo en tono desapasionado y sin asomo de sesgos. ¿Que madrugamos mucho?, se pregunta el profesor y él mismo se responde: pues también trasnochamos. ¿Que bebemos más?, pues enguayabados trabajamos con más ganas. Restrepo Builes tiene una maestría en Procesos de Balcanización que adelantó en los años ochenta en la Universidad de Yugoslavia, cuya tesis *summa cum laude* versó justamente sobre la necesaria *desintegración de la nación eslava*. Se dedicó entonces a prestar asesorías en ciudades como Zagreb y Sarajevo y en cuestión de meses de la antigua Yugoslavia ya se habían desprendido países como Bosnia-Herzegovina y Croacia. Poco después contrataron sus servicios en Kotor, Liubliana, Bled y Postojna, Ohrid y Dubrovnik, de donde surgieron Eslovenia, Macedonia, Montenegro y Serbia. Como extrañaba mucho la arepa de chécolo con quesito y aguapanela, hubo de regresar entonces a su Antioquia natal, de modo que Kosovo y Voivodina se conformaron con declararse provincias autónomas. Recientemente asesoró a los Gilinski para disolver el GEA y ante la inminente segunda independencia de Antioquia actúa como consejero de su presidente transitorio Juan Camilo Restrepo, quien sin embargo le tiene terminantemente prohibido viajar a Turbo, Andes o Caucaias, de donde lo han llamado con insistencia para que dicte su famoso ciclo de conferencias "Divide y reinarás". ©



### ¡Más exclusivo todavía!

Veán uno de los billetes nuevos. La imagen nos la cedió un líder federalista, a la vez que nos pidió rogarles a los lectores que no lo falsifiquen hasta que nos hayamos independizado. El mismo personaje nos contó que estaba muy enojado porque un dirigente liberal-conservador-petrista le comentó, en tono de burla, que van a imprimir un billete con la figura de Uribe, de 6402 pesos. "No, pues, qué risa", alcanzó a contestarle.



Milena Contreras Hernández  
*Mal de archivo*  
Cartel  
2022

# EL CÍRCULO DE LA ESPADA DE BOLÍVAR

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO • Ilustración de Titania

El 24 de junio de 2022, cinco días después de haber ganado las elecciones, Petro concedería la primera entrevista como presidente electo, a la revista *Cambio*, representada por Daniel Coronell. Allí, pasados dieciséis minutos, luego de manifestar que a su administración no se le demandarán símbolos sino reformas, Petro diría lo siguiente: “Ayer tuve una experiencia que no estaba en mis planes”. Con “ayer” se refería a la reunión que había tenido con Duque para discutir el proceso de empalme entre ambos gobiernos, tras la cual el presidente saliente rompería los protocolos con el fin de llevar a Petro hasta un rincón de la Casa de Nariño, donde había una urna de cristal custodiada por dos soldados vestidos a la usanza de la época de la Independencia. ¿Qué había en esa urna de cristal? “La espada de Bolívar que nosotros recuperamos”. Respuesta que sería replicada inmediatamente por Daniel Coronell: “Recuperar es un verbo generoso, se la robaron”. A continuación, Petro añadiría que era la primera vez que la veía, que estaba desenhainada y que ahora le tocaba guardarla a él, con lo cual se completaba el círculo.

Círculo que se había abierto en 1974, marcado por el número diecisiete, ya que la espada de Bolívar sería robada el 17 de enero, un mes después de que, el 17 de diciembre, se cumpliera un aniversario más de la muerte del Libertador. Además, en la fecha del robo se completaban diecisiete días de haberse levantado el estado de sitio en Colombia, y *El Tiempo* anunciaba en primera plana esta novedad literaria: “Sale libro de León de Greiff tras 17 años”, poeta que, curiosamente, sería el segundo custodio de la espada de Bolívar durante los diecisiete años que estuvo en poder del M-19.

¿A cuál de los fundadores del M-19 se le ocurrió el robo de la espada de Bolívar? Existen dos versiones: la primera, consignada en “La ruta de la espada”, artículo publicado el 1 de diciembre de 1997, en la edición 813 de *Semana*, señala que la idea fue de Luis Otero. Y la segunda, la más extendida bibliográficamente, le atribuye la autoría intelectual a Jaime Bateman. Según el libro *La espada de Bolívar: el M-19 narrado por José Yamel Riaño*, publicado en 2006, Bateman había planeado el robo de la espada desde que dirigía el grupo urbano de las Farc, “pero nunca

se hizo, aunque él sí tenía la inteligencia hecha. Esto demuestra que el pensamiento de Jaime ya se planteaba en términos del Libertador y no de Lenin, Marx o Ho Chi Min. No se planteaba en términos del marxismo leninismo, sino de la historia de Colombia”.

## La expectativa

Aprovechando, por lo tanto, que Bateman ya tenía la inteligencia hecha, los fundadores del M-19 decidirían que el robo de la espada de Bolívar sería su carta de presentación. Pero antes, como si el M-19 fuera un producto nuevo en pro de una demanda nacional, harían una campaña de expectativa en los principales diarios del país, *El Tiempo*, *El Espectador* y *El Colombiano*. La campaña constaba de cuatro avisos publicitarios que saldrían a la luz en tres tandas, el 15, 16 y 17 de enero de 1974. Estos eran los cuatro avisos: 1) “¿Parásitos..., gusanos? Espere M-19”. 2) “¿Decaimiento..., falta de memoria? Espere M-19”. 3) “¿Falta de energía..., inactividad? Espere M-19”. Y 4) “Ya llega: M-19”.

El martes 15 saldría el aviso 1 en la sección deportiva y el 2 en la de espectáculos. El miércoles 16 saldría el aviso

3 en la sección deportiva y el 1 en la de espectáculos. Y el jueves 17, día del robo de la espada, saldría el aviso 1 en la sección deportiva, el 2 en la de espectáculos, el 3 en la de historietas y el 4, “Ya llega: M-19”, en la portada.

Dos días después del robo, el sábado 19 enero, *El Espectador*, en un artículo titulado “Campaña de suspenso habían hecho los asaltantes de la Quinta”, señalaría que los ocho avisos del M-19 publicados en ese diario habían sido contratados el 11 de enero, a las diez a. m., por “un individuo de no muy buena presencia, alto de cuerpo, que calzaba sandalias y no llevaba corbata”. ¿Quién era? La respuesta se encuentra en el libro *Siembra vientos y recogerás tempestades: la historia del M-19, sus protagonistas y sus destinos*, en el que Álvaro Fayad, alias el Turco, otro de los fundadores de esa guerrilla, cuenta que aquel individuo de no muy buena presencia era Luis Otero, quien “se disfrazó de agente vendedor de vermífugos, llenó de drogas un malecón de Samsonite, llevó los artes a los periódicos de Bogotá, dijo que trabajaba para los Laboratorios Oscar G y pagó la publicidad en efectivo”. En realidad, el nombre del laboratorio que aparecería como cliente en los recibos del departamento

de publicidad de *El Espectador* no era ese, sino Laboratorios Oskarge, cuyo producto a promocionar era un purgante, el Mevinek de 19 miligramos, denominado M-19 a nivel comercial. En los recibos también aparecería la dirección del laboratorio: carrera 46 # 76-158, de Barranquilla. Dirección en la que vivía una familia de apellido González, “cuyos integrantes manifestaron no haber oído nombrar jamás a la citada empresa”.

¿Cuánto pagó el M-19 por esa campaña de expectativa? Fueron 18 080 pesos solamente por los ocho avisos publicados en *El Espectador*. Poco más del triple, o sea sesenta mil pesos, por los ocho publicados en *El Tiempo*. Diario en el que, tres días después del robo, el 20 de enero, Daniel Samper Pizano, en su columna “Reloj”, estimaría de manera aproximada el costo total de la campaña en 250 000 pesos. Sin embargo, una página más allá, en la 5A, Hersán, seudónimo de Hernando Santos Castán, en su tradicional columna “Detrás de las Noticias”, escribiría que el M-19 se había gastado “más de medio millón de pesos en promover y ambientar el golpe”, cifra escandalosa que superaba el valor en el que había sido tasada la propia espada de Bolívar, esto es, cuatrocientos mil pesos. ¿A cuánto ascendió el monto verdadero? Ocho años más tarde, en 1982, Álvaro Fayad se lo revelaría a la periodista Patricia Lara: trescientos mil pesos, algo más de 163 millones de hoy.

Dado el alto costo y la sofisticación de la campaña, tanto Daniel Samper Pizano como Hersán se preguntarían en sus respectivas columnas si el M-19 realmente era un nuevo grupo guerrillero o acaso “su promotor estaría dispuesto a pagar unos meses de cárcel con tal de sacar adelante la que sería la más espectacular campaña publicitaria en la historia de Colombia”. Hernando Santos va más allá: dice estar convencido de que la promoción es plataforma de lanzamiento de una nueva gaseosa y ve la mano de Ardlila Lulle detrás del asunto. ¿Quién había detrás del asunto? A la sazón se especularía con nombres como el del publicista Ricardo Hepp, pero, en 2006, José Yamel Riaño diría lo siguiente: “Con nosotros estaba un compañero publicista que trabajó en Sancho Televisión y era un hombre de mucho reconocimiento en el mundo de la publicidad. Desafortunadamente, no tengo oportunidad de pedir autorización para divulgar su nombre. A él se le dio la idea y el desarrolló el programa”.

¿Qué pasó adentro? A las 4:30 p. m., entraría a la Quinta de Bolívar el primer grupo, encabezado por el Turco. La orden era que debían dispersarse, a la espera del segundo grupo. Lo harían y comenzarían a circular por el sitio, tanto que llamarían la atención de uno de los celadores, Adán Madrigal, quien un día después le declararía esta línea a la agencia de noticias UPI: “Yo noté algo sospechoso en varios de los visitantes de la Quinta de Bolívar en la tarde del jueves, porque daban vueltas sin detenerse en ningún lugar del museo”. Sin embargo, Madrigal no haría nada al respecto. Rayando las cinco p. m., llegaría el segundo grupo, liderado, según José Yamel Riaño, por un camarada que hablaba inglés, disfrazado de turista gringo: “El señor llegó un poco tarde, casi a la hora del cierre, y solicitó que se tuviera el privilegio con él para que estuvieran unos minutos más. Él no entendía español, y había otro que le traducía. Comieron cuento y les dijeron que sí, que no había problema”. El papel de ese segundo grupo era avisarle al Turco mediante una seña que ya no quedaban visitantes en la Quinta de Bolívar. Pasadas las cinco le harían la seña y comenzaría la acción: primero sacaron a relucir las armas, dos metralletas, una pistola y tres revólveres. Después redujeron al primer celador, Juan Bautista Niño, “mediante un fuerte golpe en la cabeza, causado con la cacheta de una pistola”, señalaría *El Espectador* dos días más tarde. Luego neutralizaron al segundo celador, el referido Adán Madrigal: “Uno de los individuos me golpeó en el estómago y en la cara”, apuntaría *El Tiempo* al día siguiente. Detrás de Madrigal venía su hijo, Germán Rafael, de 12 años, quien lo acompañaba ocasionalmente en el trabajo: “Chino, no tengas miedo, que nosotros no somos antisociales, somos guerrilleros”. A ambos, padre e hijo, los amarraron con cáñamo y los obligaron a tenderse boca abajo en el piso. El resto del personal estaba en la dirección, haciendo las cuentas del día. Entonces se tomaron la dirección, la aseguraron,

de propaganda armada con alto contenido simbólico”. Después añadiría que el hecho causaría un gran impacto en la opinión pública, por lo que sería la plataforma de lanzamiento ideal para el M-19. Luego haría una pausa con el fin de repartir una hoja, en la cual estaba redactado el comunicado que dejarían en el lugar del operativo. A alias Claudia le bastaría leer el título para deducir que iban a robarse la espada de Bolívar. ¿Cuál era el título del comunicado? “Bolívar, tu espada vuelve a la lucha”. Con el objetivo claro para todos, el Turco los dividiría en tres grupos. Así describiría alias Claudia a los dos compinches del suyo: “A mí me tocó con una pelada muy callada y un muchacho alto, fornido”. A ese grupo se le asignaría la concentración externa del operativo: “Los tres estaríamos en la puerta de entrada para asegurar que los del interior no tuvieran contratiempos”. Cuatro días después, el jueves 17 de enero de 1974, sobre las cinco p. m., cuando los demás ya estaban adentro, el grupo de alias Claudia arribaría a la Quinta de Bolívar y se apostaría a la entrada. Desde allí, ella solamente vería el inicio y el final del operativo, esto es: 1) A uno de sus camaradas reduciendo a un celador. Y 2) Al Turco saliendo con la espada de Bolívar: “Lo vi meter la espada por el cuello de su maxirruana”. Mientras tanto, entre 1 y 2, el grupo de alias Claudia solo tendría un pequeño contratiempo, sorteado así: “Cuando un grupo de turistas paisas se acercaba, la otra compañera y yo salimos a su paso diciéndoles que ya habían cerrado y tenían que volver al día siguiente, antes de las cinco. Alegaron un poco y se retiraron. Estuvimos un rato en silencio, no se oía nada...”.

¿Qué pasó adentro? A las 4:30 p. m., entraría a la Quinta de Bolívar el primer grupo, encabezado por el Turco. La orden era que debían dispersarse, a la espera del segundo grupo. Lo harían y comenzarían a circular por el sitio, tanto que llamarían la atención de uno de los celadores, Adán Madrigal, quien un día después le declararía esta línea a la agencia de noticias UPI: “Yo noté algo sospechoso en varios de los visitantes de la Quinta de Bolívar en la tarde del jueves, porque daban vueltas sin detenerse en ningún lugar del museo”. Sin embargo, Madrigal no haría nada al respecto. Rayando las cinco p. m., llegaría el segundo grupo, liderado, según José Yamel Riaño, por un camarada que hablaba inglés, disfrazado de turista gringo: “El señor llegó un poco tarde, casi a la hora del cierre, y solicitó que se tuviera el privilegio con él para que estuvieran unos minutos más. Él no entendía español, y había otro que le traducía. Comieron cuento y les dijeron que sí, que no había problema”. El papel de ese segundo grupo era avisarle al Turco mediante una seña que ya no quedaban visitantes en la Quinta de Bolívar. Pasadas las cinco le harían la seña y comenzaría la acción: primero sacaron a relucir las armas, dos metralletas, una pistola y tres revólveres. Después redujeron al primer celador, Juan Bautista Niño, “mediante un fuerte golpe en la cabeza, causado con la cacheta de una pistola”, señalaría *El Espectador* dos días más tarde. Luego neutralizaron al segundo celador, el referido Adán Madrigal: “Uno de los individuos me golpeó en el estómago y en la cara”, apuntaría *El Tiempo* al día siguiente. Detrás de Madrigal venía su hijo, Germán Rafael, de 12 años, quien lo acompañaba ocasionalmente en el trabajo: “Chino, no tengas miedo, que nosotros no somos antisociales, somos guerrilleros”. A ambos, padre e hijo, los amarraron con cáñamo y los obligaron a tenderse boca abajo en el piso. El resto del personal estaba en la dirección, haciendo las cuentas del día. Entonces se tomaron la dirección, la aseguraron,

siguieron de largo y desembocaron en un corredor rodeado de jardines, fueron dejando atrás la sala de recepción, la sala de música, el costurero, el comedor, el salón París, la alcoba del Libertador, y después de destruir las guardas de la puerta del salón principal con una “pata de cabra que usaba uno de los asaltantes a manera de bastón, irrumpieron al lugar donde se hallaba la urna que contenía la espada”. El asaltante al que se refería esa cita de *El Tiempo* no era otro que el Turco, quien le narraría en primera persona a Patricia Lara la secuencia culmen del robo: “Me paré frente a la urna. Me arreglé los guantes de caucho blanco. Tomé la varilla con las dos manos. La dejé caer sobre el cristal... En el silencio del salón, asustada el ruido de los cristales al romperse... Tuve que romperlos otra vez: por encima no cupo la espada. La saqué por un lado”. También sacaría los espines y los estribos de Bolívar y se los entregaría a alias Mono Pedro, “el compa que entró conmigo”. Ya de salida, dejarían varias copias del comunicado en la cama del Libertador y reproducirían con aerosol en las paredes interiores de los jardines el mencionado título de esas hojas: “Bolívar, tu espada vuelve a la lucha”. Comunicado que terminaba con este final abierto, performático: “La espada rompe las telarañas del museo y se lanza a los combates del presente. Pasa a nuestras manos. A las manos del pueblo en armas”.

## El viacrucis de la espada

El Turco y alias Mono Pedro abordarían un Renault 6 que los esperaba afuera de la Quinta de Bolívar. Era un carro prestado al que le fallarían las luces en el camino: “Sin luces, casi de noche, corriendo el riesgo de que nos detuviera la policía de tránsito, atravesamos Bogotá y dejamos la espada en un lugar seguro”. ¿Cuál era ese lugar seguro? Según “La ruta de la espada”, el citado artículo de la edición 813 de *Semana*, era un prostíbulo cercano a la calle 22 con tercera. Versión distinta a la que recogería recientemente la revista *Cambio*, en un artículo titulado “Los trasteos de la espada de Bolívar”, en el que se dice que ese lugar seguro era la casa de un estudiante de ingeniería de la Distrital, llamado Ernesto Sendoya, quien vivía en la calle 26 con quinta. Allí, supuestamente, sería tomada la primera foto de la espada ausente, foto que sería enviada a todos los medios, pero que solamente publicaría la naciente revista *Alternativa*, en la página 24 de su primer número, la cual iba acompañada por este pie de foto: “Apareció la espada de Bolívar. Está en América Latina”, y por un nuevo comunicado del M-19, que decía, entre otras cosas, lo siguiente: “Esto es solo el comienzo. La lucha es hasta la toma del poder”. Esa primera *Alternativa* empezaría a circular el 15 de febrero de 1974, fecha en que se cumplían ocho años de la muerte de Camilo Torres, aniversario que sería conmemorado por el M-19 con la toma de la Universidad del Valle.

De acuerdo con la versión de *Semana*, la espada permanecería en el prostíbulo hasta marzo de 1974, cuando sería recogida por Jaime Bateman y por otros dos integrantes del M-19, entre ellos alias el Indio. Bateman bajaría a buscarla mientras los demás lo esperaban en un Willlys rojo: “Al rato regresó con algo en las manos y les dijo a sus acompañantes: ‘Ya tenemos a la niña otra vez. Estaba donde las putas’. Bateman les mostró la espada, estaba envuelta en una manta y guardada dentro de una tula. El grupo se dirigió entonces al barrio Santafé, a la carrera 16A # 23-35: la casa del poeta León de Greiff”.

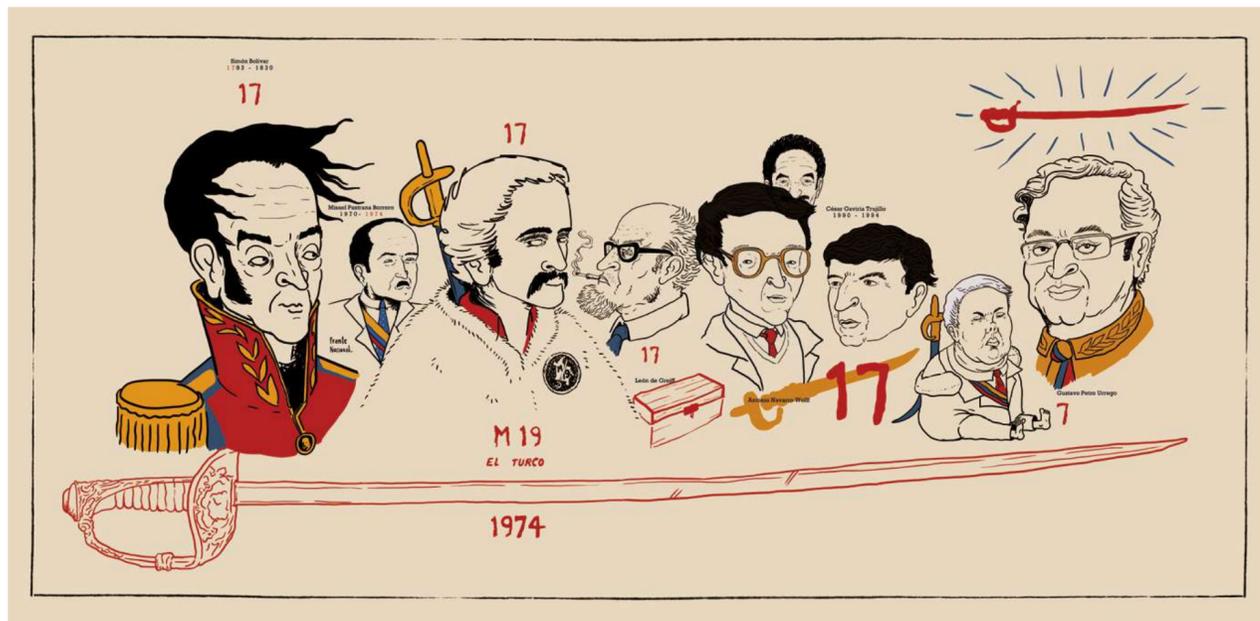
Con ese segundo destino de la espada coincide la versión de *Cambio*.

Sin embargo, esa revista afirma que “el maestro León no supo que en su casa se ocultaba la espada del Libertador”, y que los trámites para llevarla a ese lugar se hicieron con el hijo del poeta, el ajedrecista Boris de Greiff. El artículo de *Semana*, por su parte, asegura que el maestro, amigo de varios líderes del M-19 desde cuando ellos eran simples estudiantes de la Nacional, sí tenía pleno conocimiento del asunto: “El domingo en que Bateman llegó a entregarle la espada no ocultó su satisfacción. En su casa, la limpiaron, luego la envolvieron en la manta, la metieron en la tula y la dejaron encima de unos libros en el segundo piso”. ¿Cuánto tiempo permanecería la espada de Bolívar en la casa del poeta? Tampoco hay consenso entre ambas revistas en ese punto: para *Semana* se la llevaron de ese escondite días antes de la muerte de León de Greiff, ocurrida el 11 de junio de 1976, y para *Cambio* días después de esa fecha.

Según la versión de *Semana*, entre 1976 y 1979, “el paradero de la espada es todavía un misterio”. Tan solo lograrían precisar que estuvo metida en un sofá construido exclusivamente para guardarla, y después dentro de un tubo de PVC. Además, que en ese lapso sus guardianes fueron artistas e intelectuales, de los cuales lanzaron un nombre concreto: el poeta Luis Vidales, quien sería detenido por el Ejército en 1979, luego de que no encontraran la espada en la tumba de León de Greiff. “Aquí no hay poeta que valga”, diría el general Luis Carlos Camacho Leyva, ministro de Defensa de Turbay, ante la infinidad de protestas nacionales e internacionales contra semejante injusticia, encabezadas por Sartre y García Márquez: “Se lo llevaron vendado a las caballerizas militares y allí lo mantuvieron varios días, en el que ha de quedar para la historia como el episodio más sombrío no sólo de la presidencia de Turbay Ayala, sino de su propio destino personal. El poeta no recibió nunca una explicación satisfactoria del atropello”.

En el caso del artículo de *Cambio* no hay ningún misterio sobre el paradero de la espada entre 1976 y 1979: de la casa de León de Greiff sería trasladada a la de Esmeralda Vargas, compañera sentimental de Bateman, ubicada en la carrera 9 con calle 118, donde ella la ocultaría en la biblioteca, detrás de unos libros, envuelta en papel kraft café. Allí, supuestamente, estaría hasta finales de octubre de 1979, cuando se supo que el F-2 había capturado al Turco. Esa noche la espada cambiaría de manos, pasando a ser custodiada por Valentín Sáez y Elvira Ortiz, “una pareja de contadores muy cercana a la familia Bateman Vargas”, quienes la tendrían durante dos o tres meses, escondida junto a un lavadero, debajo de un colchón y en el baúl de un carro, hasta que, finalmente, engrasada con lubricante automotriz, dentro de un tubo de PVC, la enterrarían en la finca de un consuegro. En los interrogatorios a los que sería sometido el Turco siempre pondrían sobre la mesa el tema del destino de la espada, todas las veces él les respondería con esta frase maquiavélica: “La espada de Bolívar está en manos de nuestro comando superior. ¡La tiene la organización y la guardará hasta el triunfo!”. Lo cual, según la versión de *Semana*, no era cierto, ya que la espada estaba enterrada en la finca de “un reconocido político colombiano”, la habían enterrado el Turco, Bateman y Carlos Toledo, otro de los fundadores del M-19. Antes de hacerlo, Toledo les tomaría una foto a sus dos camaradas sosteniendo la espada, foto de la que no hay registro público.

Debido a los problemas que les estaba causando la espada a sus custodios y para garantizar la seguridad de esa reliquia, Bateman decidiría sacarla



del país. De acuerdo con el artículo de *Cambio*, eso ocurriría después de que Esmeralda Vargas le pidiera a la pareja de contadores que le devolvieran la espada. Una vez devuelta, Esmeralda se la entregaría a un funcionario de la embajada cubana. Lo haría en una noche de apagón generalizado en Bogotá, pasándola de un carro a otro en pleno movimiento. Días más tarde, en una valija diplomática, arribaría la espada a Cuba, corría 1980. Allí quedaría bajo la tutela del comandante Manuel Piñeiro, el popular Barbarroja, guardada en un armario de su oficina.

Según la versión de *Cambio*, la espada permanecería en la oficina de Barbarroja hasta 1985, cuando, a petición del Turco, quien la quería tener más cerca, sería trasladada a la embajada de Cuba en Panamá. Sin embargo, según el artículo de *Semana*, la espada solo viajaría a Panamá cuatro años más tarde, en el último trimestre de 1989, tras la X Conferencia Nacional del M-19, donde esa organización guerrillera determinaría “dejar las armas, reintegrarse a la vida

civil y constituirse en un movimiento político legal”.

Un año y medio antes, el 23 de abril de 1988, Petro, como integrante del M-19, le concedería una entrevista a Daniel Coronell, en aquel entonces periodista del Noticiero Nacional, quien, entre otras cosas, le preguntaría lo siguiente: “¿Ustedes iban a festejar su cumpleaños entregando la espada de Bolívar?”. “Nosotros íbamos a presentar la espada, pero es una espada de Bolívar que se concreta no en el pedazo de metal que le pertenece al pueblo, sino en una propuesta de paz para el país, y en nuestra vocación por construir una nación del tamaño de los sueños de Bolívar. La espada de Bolívar será presentada públicamente, está en Colombia, seguirá en Colombia, en las manos del M-19, en las manos del pueblo colombiano, hasta que en este país se conquistaran los objetivos del Libertador, los objetivos de justicia social, de paz para todos, de verdadera democracia”. La espada, por supuesto, no estaba en Colombia, estaba, como se lee en el párrafo anterior, o en la embajada de Cuba en

Panamá o todavía en la oficina de Barbarroja. En cualquier caso, tanto la versión de *Cambio* como la de *Semana*, coinciden en que la espada estuvo en dicha embajada hasta el 20 de diciembre de 1989, fecha en que iniciaría la Operación Causa Justa, o sea, la invasión estadounidense a Panamá.

De Panamá, otra vez dentro de una valija diplomática, retornaría la espada a Cuba, a la oficina de Barbarroja. Ocho meses después, en agosto de 1990, cuando el M-19 ya era un movimiento político legal y Pizarro había sido asesinado, Antonio Navarro, su nuevo líder, sería convocado a un debate en el Congreso: querían saber por qué no habían entregado la espada. ¿Qué respondió Navarro? “Sabemos cómo llegar a ella, pero no sabemos quién la tiene”. Por eso, en noviembre de ese mismo año, como en los días previos al robo, el M-19 volvería a pagar avisos en la prensa, esta vez buscando la espada. Al respecto, *Semana* plantearía este interrogante: “¿En realidad no sabían sus dirigentes dónde estaba o, como se llegó a rumorar, los cubanos no querían entregársela a Navarro?”. Además, Navarro estaba corriendo contra el reloj, pues “al parecer la devolución de la espada fue una de las exigencias que hizo el gobierno a los dirigentes del M-19 para realizar la Asamblea Constituyente”.

¿Cómo retornó la espada a Colombia? Según la versión de *Semana*, promediando enero de 1991, Arjaid Arundua, quien había sido el secretario de las conferencias nacionales del M-19, iría por ella a Cuba y la traería al país ingresando por Venezuela: “En una operación sigilosa y clandestina porque no queríamos correr el riesgo de que nos robaran ese zuncho”. El artículo de *Cambio*, por su parte, arroja una respuesta muy distinta: Otty Patiño, otro de los fundadores del M-19, viajaría a Caracas para entrevistarse con Norberto Hernández, embajador de Cuba en Venezuela, donde le pediría que devolvieran la espada. Hernández se comunicaría con los altos mandos de La Habana y le transmitirían este mensaje de Fidel: solo le entregaremos la espada a Antonio Navarro. Posteriormente, Hernández haría partícipe de la situación al presidente venezolano Carlos Andrés Pérez, y este se ofrecería para ser el anfitrión de la entrega de la espada. Entonces Navarro se desplazaría hasta Caracas, pediría que invitaran a Gabo, y en una de las casas presidenciales de las afueras, con el nobel de testigo, recibiría la espada de manos de Hernández: “La empaqué y la llevé a Bogotá en el primer vuelo charter”. Cuatro días después, el 31 de enero de 1991, en una ceremonia especial en la Quinta de Bolívar, coprotagonizada por los hijos de varios comandantes muertos, los de Bateman, el Turco y Pizarro, envuelta en una bandera de Colombia, tras diecisiete años de itinerancia junto al M-19, Navarro entregaría por fin la espada del Libertador.

**Posdata 1:** El 17 de enero de 1986, exactamente doce años después de haber participado en el robo de la espada de Bolívar, María Eugenia Vásquez, alias Claudia, traería al mundo a su primer hijo. Por eso y porque lo había concebido el 19 de abril, lo bautizaría Simón José Antonio, sí, igual que el Libertador.

**Posdata 2:** El mismo día que Navarro entregó la espada, el presidente César Gaviria la enviaría al Banco de la República, donde sería guardada en una caja de seguridad. Allí estaría hasta el 7 de agosto de 1998, cuando Andrés Pastrana decretaría su traslado a la Casa de Nariño: “Colocó la espada de Bolívar en su oficina, sin urna, sobre una consola”. Al terminar su mandato, Pastrana la devolvería al Banco de la República, allí permaneció hasta el 24 de julio de 2020, fecha en que retornaría al palacio

presidencial a petición de Iván Duque, para celebrar los 237 años del nacimiento del Libertador.

**Posdata 3:** El 7 de agosto de 2022, antes de tomarle el juramento a la vicepresidenta Francia Márquez, Petro haría una repentina pausa para dar su primera orden en calidad de presidente: “Como presidente de Colombia le solicito a la Casa Militar traer la espada de Bolívar. Es una orden del mandato popular y de este mandatario. Señores de la Casa Militar, traigan la espada de Bolívar, ante el Pueblo, ante el Congreso, ante el Estado”. Palabras que echarían por tierra la negativa de Duque para que la espada estuviera en la posesión de Petro. Cincuenta y seis minutos más allá en esa posesión, se cumpliría la orden, llegaría la espada, acompañada por este coro: “Alerta, alerta que camina, la espada de Bolívar por América Latina”. A continuación, no bien se apagó el coro y la espada se quedó quieta, como si se hubiera completado el círculo, Petro improvisaría esta frase: “Llegar aquí, junto a esta espada, para mí, es toda una vida, una existencia”. ☺

Los nombres de tres poetas son recurrentes cuando se menciona la espada de Bolívar, dos de ellos la custodiaron en la clandestinidad a petición del M-19, uno estuvo involucrado en las comunicaciones de dicha guerrilla. Quizá la poesía, a fin de cuentas, tiene una utilidad: parece funcionar como una bodega de reliquias preciosas.

# POEMAS AFILADOS

## LA MÚSICA

En el rincón oscuro del café la orquesta es un extraño surtidor. La música se riega sobre las cabelleras. Pasa largamente por la nuca de los borrachos dormidos. Recorre las aristas de los cuadros ambula por las patas de los asientos y de las mesas y gesticulante y quebrada va pasando a rachas por el aire turbio. En mi plato sube por el pastel desamparado y lo recorre como lo recorrería una mosca. Intonsamente da vueltas en un botón de mi d'orsey. Luego —desbordada— se expande en el ambiente. Entonces todo es más amplio y como sin orillas... Por fin desciende la marea y quedan cada vez más lejanas más lejanas unas islas de temblor en el aire.

Luis Vidales

## PRENSA LIBRE

Primero fue la paliza que lo dejó medio vivo: culata y bolillo a veinte manos entre insultos y carcajadas (algunas llenas de dientes de oro y todas rebosantes de escupitajos). Luego los celosos fusiles del orden tronaron a boquejarro sobre el obrero en huelga.

El periodista —allá donde hay noticias allá estamos ojos abiertos, oídos despiertos— presenció todo con lujo de detalles y tomó las fotografías que serían retocadas mientras él redactaba el fatal accidente con un estilo limpio y persuasivo para que la SIP le otorgara la beca de especialización en nuevas técnicas.

Nelson Osorio

## SON

Cuando tango la zampoña cuando tango el sacabuche, jamás pienso en quien me escuche ni en quien me allane la moña. Y así la zampoña taño, pizzico así la vihuela cantando mi cantinela como trovero de antaño...

Yo no pienso en quien me escuche. Yo no pienso en quien me loe ni en quien el talón me roe cuando tango el sacabuche, cuando sopro en el oboe, cuando tango la zampoña.

Ni en buscar el sortilegio —con glisado tal o arpegio— que embelese a daifa o doña, cuando tango el sacabuche...

Cuando sopro en el oboe, cuando sopro en la dulzaina, no pienso en boina ni en vaina; ni en Burdeos o en Borgoña cuando tango la zampoña.

Cuando sopro en la dulzaina y si percuto el adufe no pienso en que vozne o bufé ni el cretino ni el tontaina ni el doctorado en Lovaina.

Cuando tango la zampoña, si pizzico en la bandurria no me importa ni la murria que me enerva y emponzoña.

Cuando tango el sacabuche, cuando raspo el bandolín ni cuando froto el violín, yo no pienso en quien me escuche.

Si resoplo en el fagote, si taño la cornamusa, cuando tango la zampoña, cuando sopro en la ocarina no pienso en daifa ni en doña (si me alabe o me abomina, si se enfada o se alborote...)

Si taño la cornamusa, laude pido o doy excusa jamás, ni a Apolo ni al zote ni a la mismísima Musa de alto copete o de moña, ni a Luis de Góngora Argote, si resoplo en el fagote, cuando tango la zampoña.

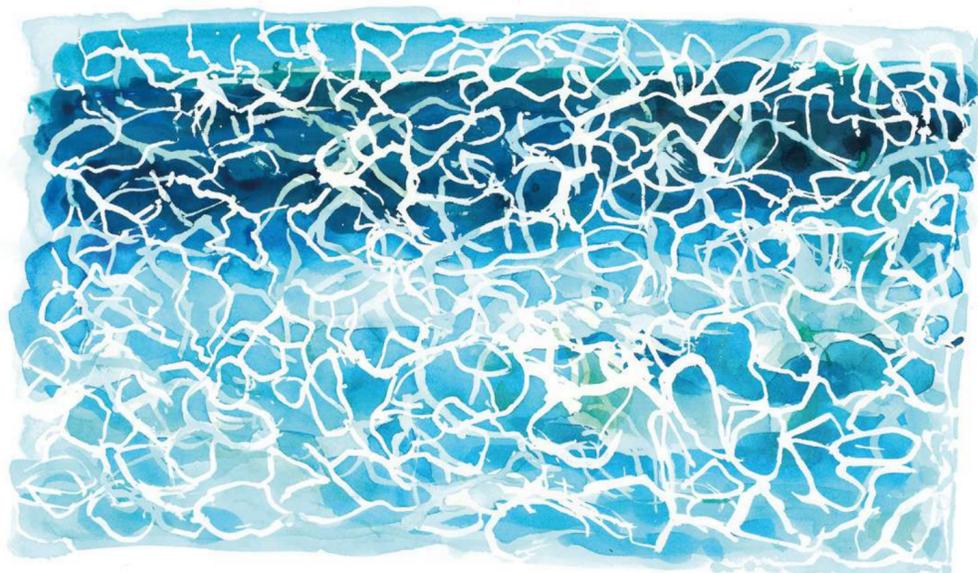
León de Greiff



Como buen adivino, Víctor Gaviria entendió antes que muchos el hechizo que se esconde entre las conversaciones hechas de palabras menores y auguró que en un futuro ese lenguaje sería escuchado en las pantallas del cine hecho por jóvenes poetas. Este texto extraído de *El campo a fin de cuentas no es tan verde* da cuenta de esa visión tan suya por la que ahora le han otorgado la medalla de la Cineteca Nacional en México.

# EL LENGUAJE DE LA PISCINA

por VÍCTOR GAVIRIA • Ilustración de Cachorro



Dentro de algunos años, quizás no muchos para verlo, mejor, para oírlo, iremos a ver un cine hecho por jóvenes, poetas desde la punta de los pies a la cabeza, y escucharemos, allí en la pantalla, todo lo que ahora oímos sin prestarle atención: canciones de escuela, ruidos de patio, declaraciones de novios en los barrios, pronunciamientos llenos de tics de los profesores de colegio, las calles empinadas de los suburbios recorridas a las seis por un murmullo alegre que va azulándose... Y, sobre todo, la deliciosa dicción de las muchachas del servicio, una dicción de tierras bajas, costeñas...

Toda esa región de palabras y sonidos que son ahora tierra muda.

Hace algunos meses, al oriente de la ciudad, conocimos unos maravillosos niños ciegos de ocho a doce años que son como los chayules. A la cambiante luz del día, contra ella, ellos ven sombras, cuerpos que avanzan, bultos que la luz vagamente contorna. En el amplio y ovalado salón donde leen y escriben en braille, la luz entra generosa por cuatro ventanales altos de doble hoja, una luz siempre verde, contaminada de los cascos de vaca que crecen densos rozando el edificio.

Cierta tarde, paseándome discretamente por los corredores de la casa, escuché un diálogo entre dos ciegos casi adultos, recostados contra un muro naranja. Uno preguntaba al otro, como quien se decide a confiar una punzante preocupación: "¿Vos qué pensás de la música caliente? La gente la oye mucho. Pero, decime, ¿es en verdad una música importante?". El otro contestaba, dudando, que realmente lo ignoraba.

Estaban las puntas de los codos tocándose, ocultos entre enormes helechos. Era un diálogo cómico, pero emocionante creo yo, preguntándose con ese imperceptible tono original de quien no sabe aún todas las cosas.

Pero quiero recordar además otro diálogo, hablar del lenguaje de la piscina. Una mañana a la semana, los niños tienen una hora de piscina. Bajan en pantaloneta desde las habitaciones, se duchan en masa chocándose unos con otros y, embelesados por los helados reflejos que llegan para algunos, lentos, hasta el oscuro cerebro, guiados por la fría escalerilla, entran al agua poco profunda. Van tomados de la mano, conversando como parejas de esposos que se abren paso por el espeso aire de un viejo parque. Van conversando acaloradamente como si discutieran. Pero no discuten.

De pronto se detienen frente a un borde. El agua azul envuelve los cuerpos hasta las tetillas. Y allí tienen una loca conversación.

—Tú gritas cuando me hunda: ¡Tiren el polvo Mexana p'arriba!

—No, grita tú primero y yo me hundo.

—No, decí: ¡Tiren el polvo Mexana p'arriba! Yo oigo debajo del agua...

En un juego loco que al fin ambos equitativamente realizan. Se gritan una frase enigmática que tal vez revela la vida de los dormitorios, la vida de los buenos y los malos olores que dividen su territorio apasionado.

Algún día, pienso, escucharemos en la pantalla las palabras menores. El ronroneo de los camiones que marchan por la autopista hacia la costa, las luces amarillas que avanzan hablándose en voz alta. ©

## Nuevos poderes para las personas con discapacidad

Poco a poco vamos borrando las fronteras y acortando las distancias que como sociedad hemos impuesto, con una mezcla de arrogancia e ignorancia, respecto a las personas con discapacidad. Sorprende que hasta hace apenas un par de años regía en Colombia un sistema normativo según el cual la persona con discapacidad no era sujeto de derechos, es decir, se asumía que al encontrarse en alguna condición de discapacidad era incapaz de realizar actos legales y jurídicos. Por fortuna, la lucha por la inclusión y la equidad viene haciendo lo suyo y está obligando a cambiar. Con la Ley 1996 de 2019 se desmontó el mecanismo anterior, el de la interdicción, y se dio paso a un nuevo régimen que establece para todos los ciudadanos el libre ejercicio de sus derechos civiles.

"Las personas con discapacidad no tenían capacidad legal, entonces se les nombraba un representante y se les llamaba incapaces", explica María Fernanda Bernal Mora, abogada y vocera de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia. "Con la nueva norma, que viene a ponernos al día a nivel internacional en materia de reconocimiento de derechos a las personas con discapacidad, cualquier persona mayor de edad tiene capacidad jurídica o legal, así tenga una discapacidad".

Así, ahora es posible que a partir de los dieciocho años de edad una persona con discapacidad, sea cognitiva, auditiva, visual, física, sensorial, cualquiera de ellas, acuda a un centro de conciliación para que le brinden ayuda para realizar actos jurídicos como la compra o venta de una propiedad, la firma de documentos, la creación de una empresa, la negociación de una deuda, un matrimonio o un divorcio, hacer una solicitud ante un banco, por ejemplo.

"Hoy se presume que todas las personas son capaces y si carece de alguna capacidad puede acudir a esta nueva normativa para tramitar un apoyo o una directiva anticipada", afirma Alejandra Betancur Sierra, jefe de la unidad de conciliación de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, la entidad que, para dar cumplimiento a la ley, acaba de poner en marcha dos servicios: uno para la celebración de acuerdos de apoyo y otro para la celebración de directivas anticipadas.

Un apoyo permite que la persona con discapacidad elija a otra persona o personas, incluso, a una institución, para que la asista y la acompañe en la realización de uno o varios actos jurídicos. Para ello el centro de conciliación de la Cámara dispone de un conciliador que estudia el caso, valora el apoyo elegido por la persona con discapacidad y ayuda a establecer un acuerdo sobre las condiciones y el alcance de ese apoyo. También, de ser necesario, el centro de conciliación puede ayudar a definir cuál es el apoyo que la persona necesita.

Se trata de una invitación a trabajar en equipo. La persona que actúa como apoyo debe ayudar a garantizar una buena comunicación entre la persona con discapacidad y las personas con las que



Archivo Whee

se realizará el trámite o negociación, facilitar la comprensión del acto jurídico, representar a la persona en algunos momentos, apoyar la expresión de la voluntad y preferencias de la persona con discapacidad y hacer que se cumplan. Un compromiso que generalmente el solicitante confiará a alguien cercano como un pariente o amigo.

Para Paula Andrea Hoyos Úsuga, usuaria del servicio en las pruebas preliminares, es "muy importante que se haya reconocido que las personas con discapacidad somos autónomas, que podemos tener un nivel de libertad en el sentido de decidir y que con el apoyo de alguna persona cercana a nosotros nuestras decisiones sean más escuchadas".

Por otro lado, el servicio de directivas anticipadas está dirigido a la población en general, a usted, a su vecino, a todos aquellos que vislumbren alguna enfermedad degenerativa, discapacidad o accidente que pueda afectar la posibilidad de expresar su voluntad en el futuro. En este caso, el interesado puede elegir una

persona para que sea la encargada de hacer que se respeten sus decisiones con respecto a temas financieros, personales o de salud.

Para disponer de estos servicios con las herramientas necesarias, plataformas sencillas y personal capacitado, la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia se ha preparado durante meses. En ese camino ha contado con el acompañamiento de las empresas de la mesa de Vida Independiente del Clúster Medellín Health City: Acalis Superior, el Comité de Rehabilitación de Antioquia, Sumel, la Universidad CES, la Escuela de Ingeniería de Antioquia y Whee.

"La idea es eliminar barreras. A los dos servicios se puede acceder a través de la página web de la Cámara, se llena el formulario con la solicitud o se puede mandar la información por correo, también hay la posibilidad de hacerlo mediante audio y video", explica la abogada María Fernanda Bernal. En ese proceso participó Whee, una empresa social dedicada a la educación para la inclusión.

Sara Múnera es su fundadora y directora. "Apoyamos en publicidad, comunicaciones y diseño", afirma. De ahí que piezas como folletos y videos explicativos fueran revisados por personas con discapacidad quienes aportaron sus observaciones e hicieron recomendaciones al sitio web de la Cámara, una entidad interesada en asegurar la accesibilidad a sus servicios.

Las puertas, sin duda, se abren. Sin embargo, la deuda que tenemos con las personas con discapacidad es grande. Se estima que el quince por ciento de la población mundial vive con algún tipo de discapacidad y que en Medellín hay más de 78 000 personas con discapacidad. Por todas ellas, y por nosotros que nos perdemos de su compañía y conocimiento, es vital persistir en estrategias para la inclusión y la participación. Los acuerdos de apoyo y las directivas anticipadas hacen parte de esa apuesta.

La política puede hacer que las vidas de algunas personas cambien muy rápido. Hace solo cinco años Francia Márquez estaba enfrentando una dura batalla contra los retos de la minería ilegal y las licencias de las multinacionales en la vereda Yolombó, en Suárez, Cauca. Stephen Ferry, periodista habitual en *Universo Centro*, vivió en la zona esa lucha de hace un lustro y la reciente elección de la vicepresidenta. Dos momentos, dos historias.

# Yolombó

por ELIZABETH EMMA FERRY Y STEPHEN FERRY • Fotografías de Stephen Ferry



**F**uimos a Yolombó, en el departamento del Cauca, en junio de 2017. Yolombó forma parte de una federación de cinco pueblos conocida como corregimiento de La Toma, gobernado por un consejo comunitario autónomo. Cuando le preguntamos a María Yein Mina, habitante de Yolombó, sobre la minería ancestral en su comunidad, dijo: “Voy a tener que dividir mi respuesta en antes y después de que llegaran los retos”, las retroexcavadoras que unos forasteros trajeron al río Ovejas por allá a finales de los años ochenta.

Hasta entonces, los miembros del corregimiento practicaban una economía balanceada entre la minería, la pesca y la agricultura de subsistencia, junto con unos cuantos cultivos comerciales, como el café. Generalmente, la gente trabajaba en la granja lunes y martes y el resto de la semana en minería y pesca. Al principio, algunos miembros de la comunidad cayeron en la trampa de los retos y descuidaron sus fincas para irse a extraer de los estratos de las orillas las partículas de oro que quedaban expuestas por la máquina, pero después se dieron cuenta de que este era el camino de la ruina:

la orilla del río estaba revuelta, el oro se había vuelto escaso y la gente ya no quería nadar o pescar porque el río estaba cada vez más contaminado con mercurio. Así que decidieron que ya era suficiente, y comenzaron a pedir a las autoridades que hicieran cumplir las leyes ambientales, sin éxito.

Liderada por los jóvenes de Yolombó, la comunidad se fue en masa al río, abordó las máquinas y obligó a los propietarios a apagarlas. Un grupo de quince mujeres se movilizó en 2014, la mayoría a pie, hacia otras comunidades afrocolombianas que enfrentaban el mismo problema, y luego, ya fortalecidas numéricamente, viajaron hasta Bogotá. Los medios llamaron a este movimiento “La marcha de los turbantes”, en referencia a las telas que muchas mujeres llevaban envueltas en la cabeza. Sus esfuerzos funcionaron, quizá demasiado bien. Esperaban una acción administrativa que obligara a los dueños de las retos a retirarlas, pero la policía simplemente se presentó y quemó la maquinaria. Como consecuencia, los líderes del movimiento recibieron una ola de amenazas de muerte.

La gente de La Toma tenía que defender su territorio en un segundo frente, esta vez bajo tierra. A comienzos de la década de los dos mil, la multinacional AngloGold Ashanti empezó a tomar muestras del subsuelo en la zona y también mandó agentes a la comunidad con la misión de hacer trabajo social, patrocinar festivales y financiar obras públicas, como la reparación de la carretera principal. Esta es una estrategia común, ampliamente aceptada desde el punto de vista corporativo, pero en los pueblos de La Toma la vieron con desconfianza. De hecho, se enteraron pronto de que el Ministerio de Minas les había entregado títulos mineros a AngloGold Ashanti y a ciudadanos privados sin vínculos con la comunidad. Estas concesiones conllevaron al traslado de las familias que vivían allí, esto es, casi toda La Toma. En 2009, el gobierno envió a la policía a desplazar a los habitantes, pero la comunidad se mantuvo firme y enfrentó a las fuerzas de seguridad con palos y machetes.

Dieron también la batalla legal, interpusieron demandas por pérdida de medios de subsistencia e insuficiente consulta previa, en violación de un convenio de la Organización Internacional del Trabajo del que Colombia es signatario. La Corte Constitucional aceptó en 2010 sus argumentos y ordenó suspender los títulos mineros. Una vez más, los líderes recibieron amenazas de muerte en forma de panfletos, llamadas telefónicas y mensajes de texto.

En vista de estas amenazas, la comunidad conformó la Guardia Cimarrona. La palabra cimarrón se refiere históricamente a las comunidades que escaparon de la esclavitud, pero su significado se ha ampliado para incluir la resistencia negra contemporánea, en sus muchas formas, en América Latina y el Caribe. La Guardia Cimarrona es una fuerza policial comunitaria de unos cuarenta hombres y mujeres jóvenes, que maneja los conflictos internos y protege a la comunidad de las amenazas externas. Se inspiró en la Policía de Palenque, la emblemática comunidad cimarrona que se fundó en el siglo XVII en el norte de Colombia. La Guardia Cimarrona también comparte los métodos de la Guardia Indígena, una fuerza organizada dentro de los resguardos vecinos del pueblo nasa que ha enfrentado a guerrilleros de izquierda, a paramilitares de derecha y al Estado, en defensa de su territorio ancestral.

Preguntamos a Francia Márquez Mina, abogada y premio nacional por la Defensa de los Derechos Humanos en Colombia, si las guardias trabajan juntas. “Tenemos cosmovisiones

diferentes, pero sí, trabajamos juntos en algunos proyectos”, dijo ella.

Para los habitantes de los cinco poblados del corregimiento de La Toma (Yolombó, Gelima, El Hato, Dos Aguas y La Toma) la cosmovisión está vinculada íntimamente con su historia. Sus familias han permanecido en esta región de la costa del Pacífico colombiano desde principios del siglo XVII, cuando a sus ancestros los trajeron como esclavos para trabajar en la mina de oro de Gelima y las granjas circundantes que la abastecían. El oro de la región enriqueció la ciudad de Popayán y la Real Audiencia de Quito, que comprendía partes del sur de Colombia, el actual Ecuador y el norte del Perú. Los jesuitas fueron los dueños de las minas y haciendas hasta su expulsión de las Américas, en 1767. La gente ve sus batallas actuales contra AngloGold Ashanti y las retos como parte de la lucha de sus ancestros, para lo que los criaron y de lo cual están orgullosos.

Francia Márquez nos dijo que, si bien la minería trajo a sus antepasados de África como esclavos, también los liberó: muchos compraron su libertad con el oro que extrajeron del río Ovejas, otros escaparon y vivieron como cimarrones, y otros más permanecieron esclavizados hasta la emancipación de las personas a mediados del siglo XIX. Con el producto de las minas, tales familias compraron su propia tierra y la defendieron de los sucesivos intentos de desplazarlos, a lo largo de siglos.

Cuando fuimos en aquel junio de 2017, el río estaba demasiado caudaloso para la minería de aluvión. Entonces visitamos una zona cerca de la escuela de Yolombó, para conocer una forma de explotación llamada minería de chorro. Vimos a un grupo de unos quince mineros pertenecientes a varias familias poseedoras de la tierra en Yolombó. Los mineros dicen que a veces encuentran artefactos dejados por sus antepasados siglos atrás en la ladera.

Pasamos la mañana mirando cómo los mineros dirigen chorros de agua contra la montaña para formar un canal de barro rojo en su base. Después de unas horas encontraron oro, el cual distinguieron por un cambio sutil en el

color del suelo.

En el siguiente paso, utilizan bateas y almocafres (una herramienta tradicional, similar a un azadón pequeño) para separar el oro. En vez de mercurio usan agua y la planta escoba boba. Con estos métodos pueden practicar la minería por décadas en una misma área, como el cañón de cerca de cincuenta metros de diámetro que visitamos. En un sector del cañón trabajado hace unos treinta años, vimos que la vegetación se había regenerado.

Las intimidaciones continúan. Las envían por correo electrónico con remitente desconocido, y en ellas acusan a la comunidad de “oponerse al progreso” y socavar las políticas del gobierno para el desarrollo a través de la inversión extranjera. Por seguridad, Francia Márquez ya no vive en la zona y viaja acompañada de guardaespaldas armados, puestos por el gobierno. La comunidad está presionando a las autoridades para que intervengan en una nueva mina, manejada por forasteros, que está contaminando las quebradas con mercurio. AngloGold Ashanti aparentemente ha salido de la región y sus títulos están suspendidos, aunque no cancelados. Sabino Lucumí Chocó, presidente del Consejo Comunitario de La Toma, dice que estas concesiones son “una amenaza permanente” para la supervivencia de la comunidad.

Ante la incertidumbre, las aldeas siguen organizándose. Entre otras cosas, están planeando una escuela ambiental que se llamará La Batea.

**Posdata:** Desde nuestra primera visita a Yolombó han pasado apenas cinco años y dos meses. Hoy Francia Márquez es vicepresidenta de Colombia y ministra de Equidad. En la inauguración del nuevo gobierno, Francia tomó posesión jurando cumplir con la Constitución ante sus “ancestros y ancestros”, aquellos que fueron esclavizados para minar el oro durante la Colonia, y quienes lucharon por su liberación y la defensa de su territorio tras siglos utilizando la batea como arma. Para esa ceremonia, la vicepresidenta lucía aretes

de oro en forma del mapa de Colombia.

Volví a Yolombó el pasado 18 de junio para presenciar la elección presidencial en ese pueblo. Fui en compañía de un colega reportero. Cuando llegamos, la Guardia Cimarrona, en máxima alerta por la seguridad de Francia Márquez, no quiso permitirnos el ingreso a Yolombó. Dos días antes había explotado una motocicleta bomba frente a la estación de la policía en Suárez, que según las autoridades fue obra de las disidencias de las Farc que operan en la zona. Solo cuando llegó Francia y me reconoció como el autor del libro *La Batea* se nos dio el permiso.

Subimos al pueblo en un carro con Carlos Rosero, el legendario activista afrocolombiano, antropólogo y arquitecto, entre otros, de la Ley 70 de 1993 que reconoce la propiedad colectiva y las prácticas ancestrales del pueblo afrodescendiente de las cuencas de los ríos del Pacífico colombiano. En Yolombó, Francia Márquez se reunió con unos cuarenta miembros de su comunidad, muchos de ellos parientes suyos. Sin presencia de la prensa, habló con su gente: “El paso que estamos dando es un paso importante, quizá no para nosotros hoy, pero sí para nuestros nietos mañana. Tenemos que hacer que ellos no duden de quiénes somos. No he dudado de quién soy. Cuando dicen que no soy capaz, les digo, ¿Y ustedes qué? ¿Son capaces? Porque su capacidad no nos ha permitido tener agua potable en mi comunidad. Porque su capacidad todavía tiene a mi comunidad sufriendo en el conflicto armado. ¿De qué capacidad nos hablan? Entonces, no dudemos de nuestra capacidad. ¡Ay, que no fue a Harvard!”. De malas, no fui porque no tenía las condiciones. Pero eso no quiere decir que no somos capaces”.

Al otro día, volvimos a Yolombó para asistir al día definitivo de la segunda vuelta presidencial, en el patio del colegio todo era expectativa, luego fue angustia con los primeros reportes que favorecían al candidato Rodolfo Hernández y, minutos después, llegó el momento cuando todo Yolombó se desbordó en baile para celebrar la victoria de Francia Márquez Mina. ☺

\*Este texto hace parte del libro *La Batea* publicado por la editorial *Icono*. Bogotá, 2017.



# Mitú

por EDUARDO ESCOBAR • Ilustración de Sebastián Bedoya

Eran los años del jipismo, de la negación de la sociedad industrial con todas sus alienaciones, del llamado al retorno a la naturaleza. Proliferaban las comunas de los niños de las flores en los Estados Unidos con todos sus adorados vicios y sus vilezas, y por aquí abajo, hacia el sur, muchos aspirábamos también a crear la sociedad nueva de la familia abierta, de la comunidad de todas las cosas, incluidos los hijos, las mujeres y las mascotas. Y proclamábamos el amor libre, el amor como aventura, contra las trampas rutinarias del matrimonio burgués. Alguien llamó ese tiempo, aurora de juventud. Y otros lo describieron como la tiranía de los adolescentes encubierta en el sometimiento a los consumidores puros. Con Gonzalo Arango estábamos planeando fundar un falansterio en Providencia. Y Providencia fue, consecuentemente, el título de su penúltimo libro, un libro de fantasías muy influidas por el calvinismo de su novia Angelita, ilustrado con dibujos de ella, como ella, inocentes y simples. Pero nada de merita ese libro de un hombre de buena voluntad. Un poco despistado pero ingenioso como un pan. Una joya de tipo con defectos y todo.

El libro llamaba a la reconciliación de las clases y las razas, a la fraternidad universal, a la disolución de las fronteras nacionales. Y cuando lo entregó al editor, me dijo: alista el morral, que te lo voy a llenar de billetes. Pensó que sería un *best seller*, que iba a convertirse en el nuevo evangelio de los caminantes que entonces andaban el mundo dejando al pasar los ecos de sus canciones, de cuna, de amor y de protesta, y el aroma de la marihuana de la Sierra Nevada de Santa Marta, la Golden, una marihuana rubia y sabia como el oro y perfumada como los coños de las huríes del paraíso de Mahoma como yo me lo imagino.

Y qué tal si mientras sale el libro nos vamos a Mitú. Me dijo Gonzalo. Y allá nos fuimos. Con su novia, pues no se desamparaban. No sé quién nos consiguió los pasajes en Satena, la línea aérea de los militares colombianos. Que él, Gonzalo, pagaría con una serie de crónicas en *Cromos*, donde escribía habitualmente. Allí hablaría de los problemas y las bellezas de los territorios nacionales, de la fauna, del gallito de las rocas que come papaya y caga papaya y de la flora y las hambres y el abandono estatal a los indígenas. Aún no habían llegado los cultivadores de marihuana de los Cuerpos de Paz ni, eso fue mucho más tarde, los plantíos de coca y los cristalizadores a orillas de los caños de los ríos ariscos, donde elaboraban la picante cocaína que iría a

excitar las mucosas de los bohemios de las metrópolis del capitalismo. El territorio estaba santificado por el prestigio de una señora llamada Sofía Muller, a quien los indígenas tenían por un ángel evangélico porque descendía del cielo en una avioneta del Instituto Lingüístico de Verano.

El plan incluía la búsqueda de un curaca que nos iba a iniciar en las visiones del yagé, pero al fin no lo pudimos contactar. Y la ilusión de conocer las tribus de los últimos nómadas, de los últimos hombres desnudos de la prehistoria: a los nukak maku, que tampoco vivimos. Se nos había dicho que a veces cruzaban esos espacios sombríos con la cautela de las sombras, que despreciaban el dinero que a nosotros tanto nos faltaba, que usaban las monedas para hacerse collares, y que se dejaban esclavizar porque poseían la sabiduría del desprecio de todo, sabedores de que la libertad es más espantosa que la servidumbre pues nos deja a merced de nosotros mismos.

Nos habían dicho que eran los nadaístas perfectos. Que se veían felices, haciéndose cosquillas con sus hembras y sus críos bajo los ranchos improvisados de hojas que levantaban en sus tránsitos cíclicos, siguiendo las rutas de las castañas, detrás de los monos churucos que les completaban la dieta, y que ellos cazaban de un soplo maestro en sus infalibles cerbatanas con el venabolo envenenado. Y que apenas hablaban, con un habla más cerca del canto que del discurso, no porque creyeran la tontería de que el silencio es oro porque no conocían el oro, sino porque también desdaban los tropiezos de las palabras que nos sirven para comunicarnos y revelarnos, al mismo tiempo que nos dividen con sus matices y nos ocultan con sus marañas. Al parecer, según algunos antropólogos de la Universidad Nacional, eran capaces de ver en el horizonte galaxias desconocidas para los astrónomos.

Entonces Mitú era una aldea de casas de tabloncitos de cara al río lento: una tienda de tenis y peines de plástico y helados, una peluquería, una panadería donde también cosían camisetas de coleta para la india, un pequeño restaurante, y la alcaldía y la casa cural se daban el lujo de los dos pisos, con la oficina del Inderena, cuyo funcionario, que era tuerto, era el comprador de las pieles a los cazadores, no tan furtivos, porque así funciona el país desde que lo fundaron.

Al principio nos hospedamos en el único hotel en el centro del pueblo. Era una casita muy precaria donde nos asábamos como en un horno bajo la cubierta de cinc y donde siempre había

un radio encendido. Pero después nos trasladamos a la chagra de un amigo aparecido milagrosamente, llamado Eurípides Rivera Poveda, un tolimense con cara de huitoto, de pómulos muy pronunciados y una bondad increíble, panadero del poblacho, modisto, carpintero, peluquero y brujo. Un hombre

multidimensional. Los estoy esperando hace seis meses. Nos dijo al vernos. Y que estábamos llenos de demonios, que debíamos orar. Especialmente yo, según dijo, plagado como estaba plagado de larvas que me llenaban la vida de molestias y me impedían ganarme la lotería. ¿Que cómo lo encontramos? Fue

el azar. El tipo estaba vendiendo pedazos de papaya por la ventana de su casa de tablas de cedro sin pulir. Y nosotros teníamos sed a esa hora del mediodía de un martes.

Eurípides nos ofreció su chagra en las afueras, bajando el río, cuando nos oyó las quejas por el bochorno del hospedaje y la cantinela del radio. Allí criaba una piara de cerdos criollos flacos como quijotes, sembraba unas matas de cebolla en una jaula para protegerlas de la gusanera, y esperaba cuando tuviera cómo, abrir un par de potreritos para poner unas vaquitas.

La chagra estaba a cargo de una familia de una pobreza perfecta, feliz, como un encantamiento. El padre se llamaba Nacho, como muchas otras personas humildes. Y era muy tierno, aunque solo tenía los dientes de arriba y dos camisas. Irma, su mujer, una mestiza del color de la panela recién sacada de la gavera, era alegre y siempre estaba bailando y cantando mientras oficiaba en su casa con su escoba de ramas, y el hijito de siete años al que apodaban Chocolate, sonreía con una sonrisa irradiante como la de los genios de las lámparas maravillosas cuando se te aparecen. El muchacho nadaba con la soltura de los delfines en la corriente de barro frente a la casa de palmiche. Y a veces traía para el almuerzo alguna chapaleante palometa de escamas de plata. O una lagartija en

el bolsillo de la camisa para jugar con ella sobre la mesa del comedor y contarle secretos.

A eso habíamos ido, a respirar el caos inocente de la selva, a enfrentar su misterio milenario lejos de la luz eléctrica, los ventiladores, la televisión, los periódicos y la historia. Y colgamos nuestras hamacas con la ayuda del anfitrión, que también sabía todo lo que hay saber en la ciencia de los nudos, mientras nos ilustraba sobre las costumbres del cuerpo astral y la forma de expulsar los demonios con buches de tabaco. Recitaba con entusiasmo místico oraciones de Samael Aun Weor, cuyos libros conservaba en una repisa de tablas unidas con lazos, hinchados de humedad. Samael Aun Weor era un bogotano que se hacía pasar por boyacense y se creía o decía creerse la última encarnación de Buda. Vendía más libros que García Márquez, sobre el yoga tantra, el gnosticismo, la naturaleza de los ángeles, el matrimonio perfecto y otras magias sexuales.

Por las noches, detrás de la troje donde nos acomodamos, la pandilla de cerdos de Eurípides purgaba sus indigestiones de raíces y nueces prolijamente, gruñendo y rebulléndose y emitiendo unos pedos largos, beatíficos que inflamaban con sus gases las estretillas y a veces tenían por epílogo un suspiro de satisfacción francamente envidiable en este valle de lágrimas.



Detrás de nuestro magro cobijo, mejor que un palacio, perfumaba un carriño viejo cundido de heridas. A Gonzalo le recordó su infancia en Andes. Como don Nacho le recordó a su padre, don Paco, que Gonzalo amaba tanto pero a quien hizo sufrir también tanto cuando fundó el nadaísmo. De las hojas del techo caían a sus horas las majiñas, unas hormigas del tamaño de un comino, de lo más urticantes, de mordidas increíblemente eficaces que a veces cegaban a los perros que dormían con los ojos abiertos.

Los primeros días permanecemos en la pequeña construcción de palos sin movernos, acostubrándonos al peso de los vahos de la hojarasca podrida, fumando y filosofando, en medio de los borrosos de los arrendajos del carriño. Cuando nos aburríamos de la cháchara caminábamos por una trocha secreta hasta la panadería de Eurípides a comer sus roscones y a charlar al son de la máquina de coser de su mujer. Blanca era blanca y los senos le saltaban dentro de la ropa cuando raramente reía, blancamente. Blanca apenas hablaba. Pero estaba muy orgullosa de las habilidades de su marido para ganarse la vida y para comunicarse con los espíritus del bien y del mal.

Una mañana decidimos dar un paseo por la selva por nuestra cuenta y riesgo. Aunque estábamos advertidos de los peligros que implicaba. Nacho intentó disuadirnos. Entrar es fácil. Salir es difícil. Nos dijo. Pero ante nuestra insistencia decidió dejarnos ir, después de algunas indicaciones, resignado y preocupado. No se alejen mucho del senderito que ya saben. Y no pierdan de vista el sol que él los guía. Y llévense mi brújula.

Y con la hipotética ayuda de una brújula borracha nos metimos en el laberinto de perfumes y hedores, mariposas, sendas tenebrosas, troncos caídos, voces, cantos, alaridos. Había unos ámbitos de silencios amenazantes. Y estancias de algarabías ensordecedoras en las frondas. Absortos y maravillados, apenas hablamos. Era un éxtasis en medio de la exuberancia de la vida. Hasta que de repente, se oyó una quebraza de ramas, un chapoteo en la tierra blanda, de animal grande. Tal vez un oso. Nos detuvimos. Tal vez el puma. Susurramos.

Pero en vez de la bestia que esperábamos nos sorprendió una figura del todo incongruente en esas lejanías donde nosotros nos pensábamos los únicos seres humanos. Un hombre pequeño de unos sesenta años, parecido a un gnomo de punta en blanco, pantalones cortos de dril, guayabera y sombrero de paja, iba comiéndose un banano. En esa soledad sin fondo era perfectamente maravilloso y cómico también, fuera de lugar. Y él también nos contempló abriendo los ojos azules todo lo que le daban, desconfiado y asombrado. Él tampoco contaba con nosotros. Fue un momento muy extraño. De suspenso. Yo creo que el hombre quiso salir corriendo pero no pudo paralizado por la sorpresa. Angela, con su alborotada cabellera roja de muñeca de trapo, no ofrecía una imagen tranquilizadora, Gonzalo ya comenzaba a coger esa cara de tristeza de canibal arrepentido que llevó al fin de su vida y yo me dejaba crecer las greñas del filibustero y llevaba un enorme cuchillo a la vista para desanimar a los tigres, agravando las cosas. Pero cuando Angela lo saludó en ese inglés suyo dulce de himnario anglicano, el hombre se relajó, tiró la cáscara del plátano hacia atrás por sobre el hombro izquierdo y corrió a zancadas hacia nosotros con los brazos de par en par. Pasó de la estupefacción a la felicidad. Habló como un loco. Como un perdido cuando lo encuentran. Nos dijo quién

era. Que era alemán, que llevaba años corriendo el mundo en busca de troncos fósiles para unos holandeses; había estado en Birmania, había ido al África y ahora necesitaba llegar a Brasil. Pero en Colombia, dijo con amargura, la vida se le había atrancado. Estaba viviendo en la casa de un botánico peruano al otro lado del río. Le habían hablado bien del país. Había venido lleno de entusiasmo. No contaba con la hostilidad de los indígenas.

Los indios lo trataban como a un leproso, evasivos. Había contratado mil veces una lancha que le permitiera seguir. Pero ya eran tres meses de frustración. Los bogas lo dejaban esperando en el muelle con el equipaje hecho y nadie se presentaba al fin en el embarcadero. Había buscado la ayuda del comisario pero siempre estaba en Bogotá o muy enfermo, y el alcalde se encontraba invariablemente haciéndole la siesta a unas cervezas en la hamaca del balcón y no lo podían despertar porque se ponía de un humor endiablado. Gonzalo pensó en el cura. Un misionero antioqueño que había sido mi compañero en el seminario de Yarumal que ya conocíamos de nombre. Y que más tarde dirigió el museo antropológico de la comunidad en Bogotá.

El padre Arango hizo que el sacristán, que era cojo, llamara a los lancheros. Y estos no tardaron en aparecer. E hizo lo que pudo. Apeló al sentido común, a la caridad cristiana y al egoísmo rastrero: el hombre estaba dispuesto a pagar lo que dijeran con tal de llegar al próximo puerto brasileño. Pero los bogas se negaron en redondo. Hasta que en medio de la discusión me pareció descubrir la razón de la negativa cuando alguien lo llamó "el gringo". Y yo dije: pero ustedes están equivocados con Hans, porque se llamaba Hans. Hans no es gringo. Hans es alemán. Los hombres se miraron, manosearon sus sombreros. Y yo pensé que les había ganado la partida, hasta que uno de ellos repuso, tuteándome, mientras los otros asentían, sonriendo con los dientes destrozados por el mameo de la hoja de coca. Está bien, amigo. No es un gringo, tú dices. Pero hay un problema, que tú sabes. Y me miró y me lo espetó en pleno rostro: parece gringo. Y volvieron a ponerse las gorras de trapo y se fueron, repitiendo, pero parece gringo. Y nosotros también nos marchábamos y Hans se quedó mirando el cristo del despacho con ojos de derrota. Y yo me acordé de un viejo tratado árabe de fisiognomía que recomienda desconfiar de los hombres de ojos azules. Pero no creo que nadie lo hubiera leído allá, ni siquiera en la esponjosa biblioteca de rarezas esotéricas de Eurípides.

Y no volvimos a saber de Hans. Hasta cuando, de regreso a Bogotá en el avión de Satena, este dio una vuelta sobre el río para coger su rumbo al altiplano, y nos asomamos por la ventanilla para echarle la última mirada de respeto y amor a la vorágine. Y en el muellecito de tablas negras lo vimos esperando y desesperando, junto a sus dos maletas. Y los indios apartados, indiferentes, indolentes, como si no existieran, comían pupuñas, el nombre nativo de los chontaduros, que pelaban con sus navajas suizas. El sol de espinas giraba arriba según su costumbre sobre las naciones. Y un cacho de luna en forma de hoz ponía un toque de soledad en el paisaje. Después de una parada en San José de Guaviare que entonces era apenas una cantina con tres putas, una capilla en ruinas sin cura, y un policía durmiendo en un taburete de baqueta bajo un samán, con un fusil sobre las rodillas, aterrizamos en Bogotá en medio de un aguacero sacramental, un miércoles de enero, a las tres y treinta de la tarde. Y nunca volvimos a acordarnos de Hans, hasta hoy. ☺

# ¿En serio hablamos de zapatos?

**Claro** que sí. Hasta 1950 Colombia era un país rural, donde era común que los hombres anduvieran sin zapatos o que los usaran solo para ir a misa. Las mujeres, flexibles para adoptar nuevas ideas, decidieron ponerse botas y botines mucho antes... ¿Cómo lo sabemos? En muchas imágenes del Archivo Fotográfico se ve. Hay fotos de parejas de ancianos en las que él está descalzo y ella no, hay caballeros de poncho y carriel posando a pata pelada, hay familias enteras en las que las mujeres están calzadas y el hombre a pie limpio; como en esta, todas con zapatos, menos Lucas. Así mismo, es cierto que los zapatos eran caros y había que comprarlos o mandarlos a hacer. ¿Dónde? Quienes tenían dinero compraban en los salones del Parque de Berrio, en El bazar de París o en La Moda Elegante (en la calle Colombia), que traían artículos de Inglaterra y Francia. Quienes no tenían tanto compraban a artesanos con producción casera o a negocios como La bota del día, fundada en 1915 en Envigado. Y quienes no tenían cómo acceder a ellos, además de exponerse a las heridas y maltratos de piedras, chuzos y vidrios, se arriesgaban a un azote más, frecuente entre los

campesinos que andaban entre potreros: el ataque de las niguas, la rasquiña y las ronchas, molestia que no era nueva, pues en la *Historia General de las Indias* de Francisco López de Gómara se cuenta que ellas incluso causaron pérdidas de dedos a los conquistadores, equipados con espadas pero no con Veterina o merthiolate. Volviendo al tema, en los años cuarenta y cincuenta surgieron las fábricas de zapatos; la industrialización, los obreros y las máquinas abarataron el costo de calzarse, impactando además la medicina y la salud pública. Por su parte, en los colegios los niños y las niñas siempre iban calzados: era obligatorio usar zapatos. Ir descalzos es un placer. Conseguir zapatos es mucho más fácil pero no todos tienen cómo. Mientras tanto, en tiempos de tenis y chancas plásticas, en nuestra ciudad aún quedan zapateros tradicionales, por ejemplo entre Comfama de La Playa y el Club Medellín... Como diría William Cruz Bermeo en su texto "Vestir las memorias", publicado en 2019, es posible hablar de "moda y calzado como indicadores de desarrollo, de cambio en las costumbres y de renovación en las ideas".



Lucas Peláez y familia, tomada en 1920 y parte del Fondo Benjamín de la Calle, custodiada por el Archivo Fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto.

**Urbania.**  
Café consciente.

**Calle 14 Viva Envigado Calle 8**

Calle 14 #30-100 El Poblado. Cra. 48 ##326 Sur-139, Envigado, Antioquia. Calle 8 #43B-132 El Poblado.

¿Quieres saber qué es La Bruja Riso?

**PALINURO**  
Libros Leídos

Calle 49 B No. 75-33 / 2609160  
f Palinuro @libreriapalino  
Medellín - Colombia

exlibris.com.co

Libros, café y comida :  
3003628240 (y en rappi)

**Seguimos leyendo**

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

**DOMICILIOS EN MEDELLÍN**

Tel.: 3168789335

Restaurante **El ÁRBOL DE LA VIDA** Comida Natural

HAY PIEDRAS CON LAS QUE VALE LA PENA TROPEZARSE MÁS DE UNA VEZ

**OPALO** bistró

TRAGOS / CAFÉS / MERIENDAS

ABIERTO DE LUNES A DOMINGO DESDE LAS 4:00 PM  
MEDELLÍN CARRERA 42 # 54-58

CAFÉ-BAR  
**CASA DE ASTERIÓN**

COWORKING  
MÚSICAS DEL MUNDO,  
ARTE, BEBIDAS Y CAFÉS

CRA 42 #53-63 CENTRO  
IG: @BARCASADEASTERION • FB: @CASADEASTERION  
ABIERTO DE LUNES A SÁBADO DESDE LAS 10:00 A.M. Y DOMINGOS DESDE LA 1:00 P.M.

**PIZZERIA**  
CENTRO

Lunes a sábado de 12 m a 10 pm  
Domingo de 12 m a 9 pm  
Calle 57 (Argentina) # 41-57  
Domicilios en el centro a través de Domicilios.com

**VICTOR AGUDELO E.**  
Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676  
vagudelo@hotmail.com

**Patricia Fuenmayor**  
Asesora en seguros

Tel. 3216402928 - 375 7300  
patfuenmayor@hotmail.com

## Las flipantes aventuras de Cosme



Gonza, te voy a pasar **EL DATO**

Cosme



Cuente **A VER**

Gonzalo Arango



En Medellín estamos armando un parche **MUUUUY CHIMBITA**, que está pensado para todos: para los trascendentales como tú y los neas como yo.  
**¿Te le mides?**



Lo único que siempre deajo para mañana es **mi muerte, ¡VAMOS!**

Escanea este código si quieres unirte.  
[cosmoteca.gov.co](http://cosmoteca.gov.co)

 Escanea este código si quieres unirte.  
[cosmoteca.gov.co](http://cosmoteca.gov.co)



## CONVOCATORIA ABIERTA 2 MUESTRA INTERNACIONAL DE JUGUETE PIRATA EN COLOMBIA

**CATEGORÍA** LIBRE COMO EL VIENTO

**TEMÁTICA** PIRATERÍA CREATIVA



**4-25 AGO**  
ENVÍA TUS PROPUESTAS A [PIRATEARTEEXPO@GMAIL.COM](mailto:PIRATEARTEEXPO@GMAIL.COM)

**PUBLICACIÓN DE LOS SELECCIONADOS**  
26 AGO 2022

**RECEPCIÓN DE PIEZAS**  
27 AGO -10 SEPT





### EXPOSICIÓN PIRATEARTE 2022

- Muestra nacional e internacional de Art Toys Medellín-Colombia 2022.

Gracias por interesarte en participar en la convocatoria de Piratearte Medellín Colombia 2022. Esta muestra es diseñada y producida por Imagenpalabra, Bellas Artes, Artefacto inc.

### QUÉ ES UN ART TOY "JUGUETE DE AUTOR"

- El juguete es un reflejo social, una huella física de un momento cultural. Está dotado de roles, poderes sobrenaturales e historias con añoranzas felices. Es con esta lúdica que entendemos al Art Toy, como una realidad donde los implicados (autores, coleccionistas, admiradores), exteriorizan sus deseos, miedos, anhelos y felicidad a través del ejercicio del pintar, diseñar, coleccionar, sus materiales son muy variados, las temáticas van ligadas a la cultura pop y el Arte. Son juguetes con alma y cuenta lo que somos y lo que creemos. El juguete de autor es el punto medio entre la escultura y el juguete, en ese punto habita el Art Toy.

### COMO PARTICIPAR

- Esta convocatoria va dirigida a todo tipo de personas sean o no diseñadores, artistas, ingenieros, tíos, tías, sobrinos, abuelos, profesionales, no profesionales, empleados o con gusto por este tipo de objetos, que sean mayores de 18 años y que habite en cualquier parte del mundo, los temas para participar son:

1. Libre, como el viento, en esta categoría es donde todo puede suceder, sin restricciones de temáticas, material o formatos, eres libre para proponer.
2. Piratería creativa, el tema en esta categoría son los Art Toys, como vehículo de reflexión, denuncia, humor, o deseo, el error como generador de nuevos detonantes creativos para diseñar, o un simple guiño de humor de nuestra actualidad.

Para mayor información en:

@artefactoinc- @piratearteexpo  
@salonimagenpalabra- piratearteexpo@gmail.com



# Canaguar

Revista de cine colombiano

Una publicación de [cinéfagos.net](http://cinéfagos.net)

[canaguaro.cinefagos.net](http://canaguaro.cinefagos.net)

# Día tras noche

PLAZUELA SAN IGNACIO 24/7

AGOSTO 2022

La Plazuela viva por

**744 horas**

Programación cultural

En agosto disfrutamos la vida de día y de noche.  
24 horas de contenidos culturales los 7 días de la  
semana, 31 días con la Plazuela San Ignacio despierta.

Libros, café, cine, juegos, conversaciones, música,  
danza, recorridos, talleres y una programación  
continua en el espacio público.



San Ignacio  
Patrimonio, Cultura y Educación

**comfama**

VIGILADO SuperSubsidio



Alcaldía de Medellín